

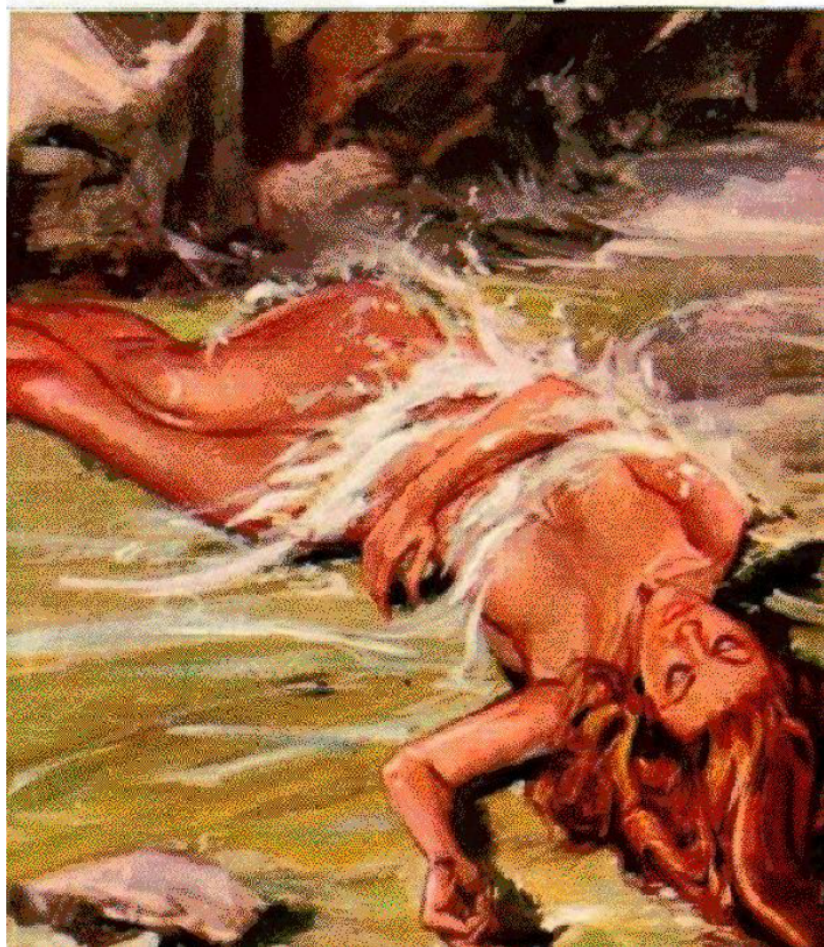
BOX LIBROS BALBUENA

PUNTO

ROJO

SABUESO
PROVISIONAL

Ray Lester



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



RAY LESTER

SABUESO PROVISIONAL

Colección **PUNTO ROJO** n.º 799
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 25.255 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1977

© Ray Lester - 1977

texto

© Miguel García - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

777. — Los cadáveres no disparan.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.034. —Valle Irlanda.

En Colección COLORADO:

873. — Hembras maliciosas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

303. — Indultado para matar.

En Colección SALVAJE TEXAS:

907. — Los diablos de Coyame.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

274. —El blanco, el negro..., y la nena.

En Colección PUNTO ROJO:

770. — Inventar un asesino.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.377. — Cazadora de espías.

PRÓLOGO

Aquella playa tan frecuentada durante el verano por los turistas, aparecía solitaria, silenciosa y envuelta en sombras. Cosa lógica, ya que a nadie se le puede ocurrir la idea de tomar un baño nocturno a mediados de enero. Y menos, soplando aquel helado airecillo procedente de la parte norte del Hurón.

El automóvil abandonó la carretera que discurría paralela a la orilla y se adentró por el sendero sin asfaltar que llevaba junto al agua. Lentamente, sin brusquedades, se detuvo. La exuberante rubia que se sentaba junto al conductor se giró en el asiento.

—¿Por qué me has traído a este sitio?

El hombre quitó el contacto parando el motor.

—Tengo ganas de estirar las piernas.

Ella inició una protesta:

—Hay muchos lugares...

—Prefiero fumarme un cigarrillo paseando por la playa —la cortó el hombre con cierta brusquedad—. Es otro de mis caprichos.

La rubia levantó los hombros displicentemente.

—Siempre he dicho que estás algo chiflado.

—Es posible. ¿Vienes?

—¿Con el frío que hace fuera...? Ni hablar. Vete a fumar ese cigarrillo que yo te espero sin salir del coche.

—Deseo que me acompañes.

—Oye...

—No te vas a congelar, nena —volvió a cortarla el hombre—. Ven conmigo porque he de hablarte de un asunto importante.

La exuberante rubia comprendió que aquellas palabras eran una orden a la que no podía oponerse. Después de unos instantes dejó escapar un suspiro y subiéndose el cuello del costoso abrigo de pieles abrió la portezuela y descendió del automóvil.

El hombre hizo lo propio por el lado opuesto y mientras rodeaba

el morro del automóvil se puso un cigarrillo en los labios. A continuación ofreció el paquete a la rubia.

—¿Quieres?

—No tengo ganas de fumar.

El hombre encendió el cigarrillo y echando a andar por la playa acompañado desganadamente por la rubia, exhaló una bocanada de humo comentando:

—Tienes razón en que hace frío.

—Ya te lo he dicho. Si tienes algo que decirme lo mismo puedes hacerlo dentro del coche.

—Imposible.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Me mancharías de sangre la tapicería, nena.

La rubia respingó y, durante unos segundos, no supo qué decir. Luego engulló saliva y reprendió:

—Esa broma no tiene ninguna gracia.

El hombre llevó la diestra al bolsillo del gabán y al sacarla nuevamente empuñaba un revólver provisto de silenciador. Levantándolo hacia la muchacha, inquirió en tono gélido:

—¿Crees de veras que estoy bromeando, nena?

La rubia desorbitó los ojos, empezando a sentir que un terror incontenible se apoderaba de ella. Por el frío comportamiento de aquel hombre adivinó que su fin estaba próximo. A pesar de eso, hizo un esfuerzo consiguiendo bisbisear:

—No... tienes motivos para eliminarme.

—Hay quien opina lo contrario, nena —rebatíó, impasible, el hombre—. Te has aficionado mucho a los *rizadores* y la hierba siempre resulta un peligro para la salud. Nunca debiste llegar a convertirte en drogadicta.

—No volveré a fumar esos cigarrillos —prometió la rubia, hablando de forma vehemente—. Si sólo se trata de eso...

—Ya es tarde para ti, nena —la cortó, inexpresivo, el tipo—. Eres un peligro y hemos decidido que debes desaparecer por el bien de todos. No podemos correr ningún riesgo.

La rubia tenía el semblante desencajado.

—Tú... no puedes matarme. Has tenido mi cuerpo entre tus brazos y decías que...

Se equivocó.

El hombre sí pudo matarla.

Mientras ella hablaba apretó por tres veces consecutivas el gatillo y lo hizo con impresionante frialdad. Las tres balas alcanzaron a la chica en el pecho, obligándola a retroceder con una expresión de infinito asombro pasmada en el rostro.

Antes de que se apagara el eco de los tres taponazos ya se encontraba la rubia con las rodillas clavadas en la arena de la playa. Levantó la mano derecha y quiso decir algo. Pero una súbita bocanada de sangre se lo impidió y, crispadas las lívidas facciones, cayó de costado quedando inmóvil.

El hombre se inclinó sobre ella, cerciorándose de que había muerto.

Volvió a guardar el revólver en el bolsillo del gabán y se puso a desnudarla. Le quitó el abrigo a tirones y, a continuación, rasgó el vestido de la muerta hasta arrancárselo por completo. Hizo lo mismo con la ropa interior y sólo entonces se sintió satisfecho de su obra.

Se incorporó jadeante.

El blanco y escultural cuerpo de la exuberante rubia quedó desnudo sobre la arena.

Bañado por la lima.

Y la ropa convertida en jirones, a su lado.

El hombre la contempló unos segundos y pensó que aquello parecía la obra de un maniaco sexual. Regresó sin prisas al coche y lo puso en marcha alejándose de aquel lugar.

El capitán Merlo Vance de la policía de Detroit saltó bruscamente en pie y echando el torso hacia adelante clavó una incrédula mirada en el hombre que tenía enfrente.

—Repíte eso. Muir.

El teniente Muir Hopkins acabó de dejar la placa y el revólver de reglamento sobre la mesa de su superior. No desvió la mirada de los ojos del capitán al repetir:

—Anoche asesiné a mi amante, Merlo.

Vance apretó los maxilares y le apuntó con el índice extendido.

—Escucha, Muir...

—Eres tú quien tiene que escucharme, Merlo —lo cortó, haciendo un ademán, el teniente—. La chica se llamaba Marilyn

Lodge y manteníamos relaciones desde hace algún tiempo. Ya ha tenido que ser encontrada y en alguna comisaría de la ciudad andarán haciendo las primeras indagaciones. Sólo tienes que comunicarte con el oficial que lleve el caso y decirle que no siga buscando al asesino.

El capitán Merlo Vance siguió mirando incrédulo a su amigo.

—¿Te has vuelto loco, Muir?

El teniente Hopkins encogió los hombros.

—Creo... que fue anoche cuando me volví loco, Merlo. Esa muchacha era un verdadero diablo y tenía la facultad de sacarme de quicio. No me arrepiento de haberla matado.

Vance sacudió la cabeza.

—Dime que todo esto es una broma, Muir.

—Te consta que jamás bromeo.

—Pero... tú no puedes haber hecho una cosa así.

—El forense encontrará tres balas en el cuerpo de esa desgraciada —dijo, indiferente, Muir Hopkins—. Sólo tienes que enviarlas a Balística y que comprueben si han sido disparadas por el revólver que acabo de dejarte sobre la mesa. Una vez comprobado, redactas el informe consiguiente y lo pasas al fiscal.

El capitán pegó un mordisco en el aire.

—Así de sencillo, ¿eh?

—Es un caso que no tiene vuelta de hoja, Merlo. —Hizo Hopkins un pequeño inciso y añadió—: No pienso seguir hablando del asunto. Declararé mi crimen y firmaré mi culpabilidad.

Merlo Vance dio unas zancadas por el despacho y acabó deteniéndose ante su subordinado.

—¿Has pensado en el revuelo que se formará?

—Me tiene sin cuidado.

—Tampoco has pensado en Eva, ¿eh?

Muir Hopkins atirantó el semblante.

—No metas a mi esposa en esto, Merlo —a continuación suavizó el tono de voz y pidió—: Te ruego, como favor personal, que me mantengas incomunicado. No quiero ver a Eva bajo ningún pretexto. Afrontaré las consecuencias de mi acto, pero no deseo ver a nadie.

—¿Crees que eso será sencillo de conseguir?

—Puedes lograrlo durante unos días.

El capitán Vance dejó escapar un resoplido.

—¡Maldita sea...! —masculló colérico—. ¿Sabes el revuelo que se armará cuando los periodistas huelan el asunto?

Hopkins encogió los hombros.

—Lo siento por ti, Merlo.

—¡Vete al infierno, Muir! —estalló el capitán—. El inspector-jefe Buchard se subirá por las paredes cuando se lo comunique. Ya puedo escuchar sus berridos, insultando a todo el departamento.

El teniente Muir Hopkins inclinó la cabeza, y guardó silencio.

Vance procedió a encender un cigarrillo con nerviosos ademanes y tras una breve pausa señaló una silla al teniente.

—Torna asiento y empieza a contarlo desde el principio, Muir. Tal vez podamos encontrar algo que pueda servir de atenuante.

Muir Hopkins negó en lenta cabezada:

—No tengo intención de dar explicaciones. Merlo.

—¿No, eh?

Confieso haber asesinado a Marilyn Lodge y firmaré mi declaración de culpabilidad. Eso es todo cuanto sacarás de mí. De ahora en adelante serán inútiles cuantos interrogatorios llevéis a cabo.

CAPÍTULO PRIMERO

Cornelius Mahan levantó las azules pupilas de los documentos que había estado leyendo detenidamente durante unos minutos y las posó en el rostro del capitán Merlo Vance. Compuso una mueca, al tiempo que depositaba los papeles en la mapa.

—Todo parece indicar que Hopkins es culpable de la muerte de Marilyn Lodge, capitán.

—En efecto.

Hubo un breve silencio y preguntó Mahan:

—¿Puedo saber los motivos de mi provisional traslado a Detroit, capitán? En Chicago se limitaron a ordenarme que me presentara a usted.

Merlo Vance movió la cabeza en sentido afirmativo y, antes de responder, procedió a encender parsimoniosamente un cigarrillo. Mientras lo hacía estudió al hombre que tenía delante.

Cornelius Mahan frisaba los veintiocho años. De fuerte complexión atlética, rostro varonil de rasgos perfectos y rubios cabellos ligeramente ondulados, era uno de esos ejemplares masculinos por los que las mujeres suspiran en más de una ocasión.

Dos años antes había sido trasladado a Chicago después de prestar importantes servicios en Asuntos Internos de Detroit. Estaba considerado por sus jefes como un policía sumamente inteligente, astuto y con una intuición poco común.

Merlo Vance fue explicando lentamente:

—Usted ha venido a Detroit para llevar a cabo una concienzuda investigación respecto a la muerte de Marilyn Lodge. Se sospecha de corrupción en las altas esferas de la ciudad y de posible complicidad de algunos policías. Por otra parte..., no estemos completamente seguros respecto a la culpabilidad del teniente Muir Hopkins.

Cornelius Mahan frunció el ceño.

—Pero él ha confesado voluntariamente su culpa, capitán.

—Eso no significa que, realmente, sea culpable. La confesión de Hopkins puede estar motivada por hechos desconocidos para nosotros.

Mahan hizo un ademán señalando los documentos que había leído.

—¿Y qué me dice de esos informes, capitán? Balística asegura que las tres balas encontradas en el cadáver de Marilyn Lodge fueron disparadas por el revólver reglamentario del teniente Hopkins. No creo que lo prestara al asesino, para que se lo devolviera después de cometer el crimen.

Merlo Vance percibió un leve tono irónico en las palabras del joven y dijo, secamente:

—Estamos de acuerdo en que todo acusa a Muir Hopkins, Mahan. Pero usted lleva mucho tiempo trabajando en Asuntos Internos y sabe que las apariencias engañan en más de una ocasión.

—Sí, señor.

—Pass debe limitarse a investigar todo lo concerniente al asesinato de esa chica prescindiendo que Hopkins sea o no culpable. Sólo intentamos averiguar lo que existe detrás de todo el asunto. El inspector-jefe Julius Buchard se ha encargado personalmente de solicitar su traslado a Detroit por un tiempo ilimitado.

Hizo el capitán Vanos un breve inciso y añadió, un tanto sarcástico:

—Según parece está usted considerado como un genio de la investigación, Mahan.

El joven encajó el golpe con una tenue sonrisa.

—Soy un simple detective de Asuntos Internos que conoce su oficio —dijo, sin petulancia—. Estoy a sus órdenes desde este momento y procuraré cumplir mi trabajo, capitán.

—Es todo lo que deseamos, Mahan —asintió Vance—. Le facilitaré un *dossier* con todos los datos que hemos podido reunir de Marilyn Lodge y Muir Hopkins. Cuando los tenga estudiados podrá iniciar sus investigaciones.

Mahan movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo, capitán.

—Y una cosa, Mahan... Sólo a mi deben informar de los resultados que vayan obteniendo.

Cornelius Mahan escrutó el rostro de Vance.

—Está hablando en plural, capitán.

—En efecto.

—¿Quiere eso decir que no estaré solo en la investigación?

Merlo Vance movió la cabeza en sentido afirmativo, al tiempo que esbozaba una lobuna sonrisa que a Mahan se le antojó de íntimo regocijo. Resultaba evidente que, por algún motivo que él desconocía, no le caía simpático a Vance.

—Veo que es usted muy clarividente, Mahan —dijo, deliberadamente despacio—. Tendrá a un colaborador.

El agente llegado de Chicago pudo notar el gesto de contrariedad que afloró a su cara y permaneció unos instantes silencioso y a continuación inquirió:

—¿Es absolutamente necesario, capitán?

—Consideramos que sí, Mahan. Según estoy observando no le gusta demasiado el trabajo en equipo.

—Tengo mis razones.

—Expóngalas.

—Siempre desee ser único responsable de un fracaso..., o de un acierto, capitán Vance.

Su oponente continuó sin borrar de los labios aquella risita de íntimo regocijo.

—En este caso no podrá ser, Mahan. El propio inspector-jefe Buchard ha designado a la persona que debe colaborar con usted —hizo una breve pausa y añadió—: Y mucho me temo que no va a gustarle conocer su nombre.

Cornelius Mahan guardó silencio mirando inexpresivamente a Vance. Esperón pacientemente a que éste siguiera hablando.

El capitán no tardó en anunciar:

—Lyman Kline y usted tienen que trabajar en estrecha colaboración. Y, desde este mismo instante, queda advertido que ninguno de los dos tiene autoridad sobre el otro.

Mahan encajó bastante bien el golpe y siguió inexpresivo el rostro. Sólo hubo una leve crispación en sus facciones que no pasó desapercibida para Merlo Vance.

—No le gusta Lyman Kline, ¿eh, Mahan?

—Ignoraba que ese sujeto siguiera perteneciendo a la policía, capitán. Eso es todo.

—Kline no pertenece a la policía, Mahan. Ahora se dedica a la

investigación privada.

El hombre de Chicago enarcó las cejas.

—¿Y tomará parte en un asunto oficial?

—Por expreso deseo de Buchard.

—No veo la razón para...

—Escuche, Mahan —lo atajó el capitán Vance, haciendo un brusco movimiento con la diestra—. Si hay alguien que conozca bien los bajos fondos de Detroit, ése es Lyman Kline. Puede ser un inapreciable colaborador para usted. Y por otra parte no soy yo quien lo ha elegido, sino el propio inspector-jefe.

Cornelius Mahan tardó unos instantes en alegar:

—Pero usted mismo ha dicho que es un detective privado.

—Eso es Mahan —cabeceó afirmativamente Vance—. Es el único camino que le dejó usted, cuando consiguió que lo expulsaran de la policía. Es un hombre que vale y en él campo de la investigación ha llevado a cabo trabajos muy importantes.

Mahan inspiró aire con fuerza.

—¿Me permite unas palabras en relación a Kline, capitán?

—Adelante.

—Si piensa que en algún momento he sentido remordimientos por el informe respecto a Lyman Kline que pasé a mis superiores, se equivoca. Demostré, sin lugar a dudas, que se había ensañado con aquel muchacho propinándole una bestial paliza que estuvo a punto de costarle la vida. Un hombre como Kline no merece pertenecer a la policía.

Vance lo miró fijamente y silabeó:

—Muchos compañeros de Kline hubieran hecho lo mismo que él, Mahan. Sólo que Kline tuvo la desgracia de ser el primero en llegar junto al inocente muchacho. Un pobre chico que acababa de robar un coche y, al darse a la fuga, atropelló a una vieja que no debía encontrarse en la acera a la que subió el coche conducido alocadamente por el pobre muchacho. Y aquella abuela murió aplastada contra la pared.

—Kline pudo detenerlo sin necesidad de golpearlo brutalmente —dijo secamente Mahan—. Era su único deber.

Merlo Vance le apuntó con el índice extendido.

—Para eso hace falta tener horchata en las venas, Mahan. Como le ocurre a usted.

Cornelius Mahan crispó los maxilares.

—No deseo discutir hechos pasados, capitán.

—Usted los sacó a relucir, Mahan. Puede que aborrezca a Kline, pero le aseguro que durante unos días no tendrá más remedio que trabajar en compañía de él.

El agente de Chicago le aguantó desafiante la dura mirada.

—Jamás desobedezco una orden, capitán.

—Lo imagino, Mahan. Usted es de esos tipos que cumplen el reglamento, pase lo que pase.

—No lo dude, capitán.

Hubo un prolongado silencio.

El capitán Vance pulsó una tecla del intercomunicador que tenía sobre la mesa.

Una voz se dejó oír:

—Diga, capitán.

—Que entre Kline.

—Sí, señor.

Vance soltó la tecla del intercomunicador y se puso un cigarrillo en los labios sin ofrecer el paquete a Mahan. Estaba prendiéndole fuego en el momento que se abrió la puerta del despacho y entró un hombre de unos veintinueve o treinta años.

Era alto, de piel bronceada y ojos oscuros de dura y penetrante mirada. Poseía un cuerpo aparentemente delgado, pero se adivinaba fácilmente la fibrosa musculatura de sus miembros.

Hizo un apático ademán dirigido a Vance y acto seguido posó los ojos en Cornelius Mahan.

—¿Cómo te va la vida, *chivato*?

El agente recién llegado de Chicago enrojeció de ira y saltó en pie bruscamente crispando los puños. Tuvo que intervenir con dureza capitán Vance conteniéndolo:

—¡Quieto, Mahan!

—Si piensa que voy a consentir...

—¡He dicho que se esté quieto, Mahan! —Silabeó tajante el capitán—. Y tú será mejor que no vuelvas a insultar, Lyman.

Kline encogió los hombros sonriendo displicente.

—Si decir la verdad es un insulto... —Ante la dura mirada que clavó Vance en él, terminó—: Está bien, ya me callo.

Cornelius Mahan intervino, diciendo un tanto excitado:

—La colaboración entre este hombre y yo es la cosa más absurda que se puede pensar, capitán.

Lyman Kline estuvo de acuerdo con él.

—El tipo tiene razón, Vance —dijo, desdeñoso—. Es desagradable oler a mierda continuamente.

Merlo Vance pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Silencio los dos, maldita sea!

Hizo una corta pausa y añadió ásperamente:

—Presiento que las relaciones no van a ser demasiado cordiales entre ustedes, amigos. Pero me tiene sin cuidado lo que pueda ocurrir, siempre que suceda fuera de mi despacho. No estoy dispuesto a consentir que esto se convierta en un campo de batalla, ¿está claro?

Ambos jóvenes guardaron silencio y siguió Vance:

—Tú estás al corriente de lo que se pretende, ¿eh, Lyman?

—Sí.

—Y usted tendrá un *dossier* para estudiarlo a fondo y sacar sus propias conclusiones, Mahan.

—De acuerdo, capitán.

—Pues entonces no hay nada más que hablar. Salgan de aquí. Si tienen un asunto pendiente que discutir, no deseo ser testigo, ¿me explico? Y si durante las pesquisas se descubre algo importante quiero ser el primero en saberlo.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada llena de mutua agresividad.

Luego abandonaron el despacho en silencio.

Al quedar solo se transfiguró el semblante del capitán Merlo Vance y llegó a convertirse en una máscara de odio. Con un irreprimible gesto de rabia mal controlada aplastó el cigarrillo en el cenicero.

¿Qué diablos estaba pasando allí?

¿Por qué Muir Hopkins se había declarado culpable del asesinato de Marilyn Lodge?

CAPÍTULO II

Lyman Kline arrimó el coche al bordillo en la amplia avenida y lo detuvo sin brusquedades. Cerró el contacto parando el motor y se giró mirando a Cornelius Mahan que se hallaba en el asiento contiguo aparentemente tranquilo.

—¿Te parece buen sitio para cambiar impresiones, Corne?

—Da igual un lugar que otro, Lyman. Pero antes de empezar quiera decirte algo.

—Venga.

—¡Vamos a meternos en la cabeza que tenemos la obligación de trabajar juntos aunque nos desagrade a ambos! Si nos dejamos llevar por nuestro mutuo antagonismo...

—¿Antagonismo...? —lo cortó Kline con ácida sonrisa—. Lo que me inspiras es puro asco, Come. Sólo de verte, me dan ganas de vomitar y tengo que hacer un esfuerzo para no liarme a trompazos contigo.

Cornelius Mahan atirantó el semblante.

—Tú me inspiras algo por el estilo, Lyman. Y deja de llamarme Corne si quieres conservar la dentadura en su sitio.

Lyman Kline asintió complacido.

—Ahí quería llegar yo, Corne. Conozco un lugar adecuado para ventilar viejas cuentas. Se trata de un descampado donde nadie puede molestarnos, ¿hace?

—No.

En el rostro del detective privado apareció la desilusión.

—Me vas a defraudar, Corne.

—Nada me gustaría más que darte la paliza que buscas, Lyman —respondió, bastante sereno, el agente de Chicago—. Pero tengo el suficiente sentido común como para anteponer la obligación al placer.

—Sólo unos trompacitos, hombre.

—Llegaré el momento cuando todo acabe, Lyman. Prometo no regresar a Chicago sin romperte la boca.

—Lástima —exclamó Kline—. Desde que supe que venías me hice la ilusión de saldar la cuenta que tenemos pendiente.

Cornelius Mahan respiró con fuerza.

—No tenemos ninguna cuenta pendiente, bestia. En tu caso actué cumpliendo con mi obligación y no dudaría en volver a repetir lo mismo que dije en mi informe. Un policía jamás debe tomarse la justicia por su mano porque para eso están los tribunales.

—Un niño de papá entra por un lado y sale por el otro, Corne.

—Eso no es asunto nuestro.

—Mío, sí.

Hubo un corto silencio y Mahan sacudió la cabeza.

—Nunca hubo cordialidad entre nosotros, ¿eh, Lyman? Antes de lo sucedido aquel día ya existía animadversión mutua.

—Nunca me han gustado los tipos de tu calibre.

—Se trata de otra cosa aunque te parezca extraña, Lyman.

—¿Sí?

—Yo he estudiado un poco de astrología, ¿sabes?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Entre nosotros no puede haber entendimiento. Tú perteneces al signo de Capricornio y yo...

—Perteneces a una pocilga de cerdos, ¿no?

Mahan volvió a crispas los maxilares.

—Con insultos no llegaremos a ninguna parte, Lyman.

—Me conformo con llegar al descampado.

—Olvida eso, porque no estoy dispuesto a pelear contigo. Primero tenemos que resolver el caso del teniente Muir Hopkins. ¿Qué opinas sobre su culpabilidad?

Lyman Kline chasqueó la lengua.

—Ya entiendo lo que pretendes, Corne. Estás desviando mi atención y así evitarás que te rompa los hocicos, por ahora. Lo que pasa es que yo soy muy terco y no cejaré hasta lograr encenderte la sangre. ¿Será suficiente untarte salivita en la oreja, o tendré necesidad de poner en duda tu procedencia paterna?

En las azules pupilas de Mahan hubo un destello.

—Procura no seguir por ese camino, Lyman.

—¿Qué ocurrirá si lo hago? ¿Vas a redactar otro informe para tus superiores?

—Esta vez no, Lyman.

Kline rió mordaz.

—De veras que me sorprendes, Corne. ¿No es ésa tu asquerosa forma de resolver los asuntos personales?

Los ojos de Cornelius Mahan se convirtieron en afilados cuchillos al clavarse en el rostro de Kline.

—Cuando todo acabe tendrás una muestra de cómo resuelvo mis asuntos personales, Lyman.

Éste dio una complacida cabezada.

—Me encargaré de recordártelo.

—Dime una cosa, Lyman.

—¿El qué?

—¿Aceptaste el trabajo al saber que iba a venir yo o te habían reclutado antes?

Lyman Kline dejó escapar una risita.

—Me pasó lo que al marido que se da cuenta, demasiado tarde, que su mujer tiene una verruga en vez de un lunar. No puede pedir el divorcio alegando que la han dado gato por liebre.

—Aún estás a tiempo de presentar tu renuncia.

—Accedí a colaborar, como favor personal a mi amigo el inspector-jefe Julius Buchard.

—Pues entonces cumple tu palabra y deja ya de buscar líos, Lyman. Te aseguro que a mí me desagrada tanto como a ti que trabajemos en el mismo caso.

—Está bien —suspiró el detective privado—. Tendré paciencia hasta que todo concluya. ¿Dónde quieres que te deje?

—En ninguna parte, porque me quedo aquí.

—Te molesta subir en mi coche, ¿eh, Corne?

Mahan rió, irónico.

—Tienes una mente muy aguda, Lyman.

—Y tú eres un imbécil, chico. Si de todas formas liemos de trabajar juntos, ¿qué importa que utilicemos mi auto?

—He solicitado uno oficial sin distintivos y provisto de emisora. Cogeré un taxi y pasará a recogerlo. Podemos encontrarnos dentro de media hora en mi hotel.

—Okay. ¿Cuál es tu hotel?

—El Comodoro, habitación 213.

—Estaré allí dentro de media hora.

Cornelius Mahan bajó del coche y se alejó por la acera sin que mediara entre ellos ninguna otra palabra. El mutuo antagonismo seguía latente. Lyman Kline lo contempló unos segundos y en su rostro apareció una risita irónica.

Luego puso el vehículo en marcha.

El empleado de recepción le comunicó que el señor Cornelius Mahan no había regresado aún al hotel.

Lyman se identificó, mostrando el carnet provisional de policía adjunto que le había facilitado el capitán Merlo Vance. El hombre no puso inconvenientes para entregarle la llave número 213, cuando le dijo Kline que estaría más cómodo aguardando a su colega en la habitación.

El detective subió en el elevador al segundo piso.

Buscó la puerta marcada con el 213 e introdujo el llavín en la cerradura, franqueando la entrada.

Se encontró con una estancia, sumamente acogedora. Moqueta en todo el suelo y confortable mobiliario como correspondía a las cuatro estrellas de la placa junto a la puerta de entrada al vestíbulo.

Lyman atravesó el pequeña *living room* y se introdujo en el dormitorio. Paseó la mirada en derredor y se dirigió a una mesita sobre la que había vasos y varias botellas de licor.

Empezó a prepararse una bebida.

Estaba a medias cuando respingó manteniendo la botella en alto.

—¿Eres tú, querido?

La voz femenina, de agradable entonación, procedía de su derecha. Lyman vio que allí había una puerta que, con toda seguridad, correspondía al baño y arrugó el ceño.

Se quedó en silencio unos instantes.

Y en seguida le llegó nuevamente la voz de suaves matices a través de la puerta entreabierta:

—Tardo un minuto en salir, Corn. He aprovechado tu ausencia para tomar un baño.

Lyman Kline terminó de prepararse la bebida y llevóse el vaso a la boca bebiendo un trago. Iba a escanciar otra vez licor, cuando volvió a decir la voz femenina:

—Apuesto a que te has llevado una sorpresa.

Lyman movió la cabeza en sentido afirmativo emitiendo un gruñido:

—Te lo juro.

—¿Qué dices, querido? No puedo escucharte bien.

El detective encogió los hombros sin responder y fue ella la que volvió a hablar:

—Ya salgo, Corn. Prepárame algo de beber.

Lyman dijo que sí con un movimiento de cabeza, y se ocupó en preparar bebida para ambos.

Cuando hubo terminado, se giró hacia la puerta del baño sosteniendo un vaso en cada mano y tragó saliva, sintiendo reseca, súbitamente, la garganta. El licor estuvo a punto de derramarse sobre la moqueta.

No había para menos.

Frente a él se encontraba una pelirroja despampanante.

En su hermoso semblante enmarcado por los cabellos color fuego destacaban los rasgados ojos verdes. Como fulgurantes esmeraldas. Era una mujer esbelta, de largas piernas, de turgentes redondeces, de senos erguidos y duros... Tendría unos veinticuatro años exultantes de pletórica belleza camal.

Lyman podía detallar todos sus encantos sin ningún esfuerzo, ya que ella sólo cubría su escultural cuerpo con una tenue bata de tejido transparente y era lo mismo que si no llevara nada encima.

Los verdes ojos femeninos se clavaron en el joven.

—¿Quién es usted?

CAPÍTULO III

Lyman Kline depositó ambos vasos en la mesita y, sin despegar los labios, cruzó el *living room* en dirección a la salida. Abrió la puerta del pasillo y le echó un vistazo al número fijado a la madera en la parte exterior.

Volvió a cerrarla y regresó al dormitorio.

—Por un momento creí que me había equivocado de habitación —dijo, en tono irónico—. Pero estoy donde corresponde y me alegro una barbaridad, pelirroja.

Los ojos color esmeralda destellaron.

—¿Quiere decirme quién es usted?

—Lyman Kline.

—Su nombre no me dice nada.

El detective sonrió sin dejar de admirar los encantos de la chica.

—A lo mejor tengo yo más suerte con el suyo. ¿Cómo se llama?

—A usted no le importa...

Lyman chasqueó la lengua atajándola con un ademán.

—Eso no vale, pelirroja. Yo ya he dicho mi nombre y ahora le toca a usted.

Ella titubeó unos segundos.

—Soy... Barbara Dugan. ¿Va a decirme ahora lo que está haciendo en esta habitación, Kline?

—Yo podría hacer la misma pregunta, Barbara.

—Oiga...

—Es usted, quien tiene que oírme, Barbara —la volvió a cortar Kline—. Me alegro infinitamente de haberla encontrado porque contemplar su hermoso cuerpo es todo un espectáculo.

La pelirroja se ruborizó intensamente y siguió Lyman:

—Cornelius Mahan y yo estamos citados en esta habitación y, si no hay error, es él quien figura registrado en el número 213.

Ella abanicó las pestañas mirándolo sorprendida.

—¿Es usted amigo de Cornelius, Kline?

—Uña y carne.

—Nunca mencionó su nombre estando conmigo.

—Porque es un muchacho muy olvidadizo, Barbara. Ahora me va a decir lo que está haciendo en la habitación de mi amigo, ¿eh?

—Soy su prometida, Kline.

Lyman arrugó el ceño.

—¿Quiere decir que usted y Cornelius son algo más que amigos?

—En efecto.

El joven la repasó de arriba abajo con la mirada y emitió un resoplido.

—Siempre ha tenido suerte ese pícaro. Disponer de una mujer como usted para él solo...

Barbara Dugan levantó altivamente la barbilla.

—Soy hija del senador Dugan —aclaró, con intención de borrar los malos pensamientos que pudieran formarse en la mente de Kline—. Usted debe conocer al senador Walter Dugan.

Lyman chasqueó la lengua.

—Y me parece poco.

—¿Cómo dice, Kline?

—Que senador me parece poco. Un hombre capaz de proporcionar materia prima para la fabricación de una muchacha como usted merece ser el presidente de los Estados Unidos.

Barbara esbozó una sonrisa.

—Es usted un bromista, Kline.

—Llámame Lyman y yo te llamaré Barbara —pidió, risueño, Kline con el pensamiento puesto en Mahan—. Cornelius y yo somos buenos amigos y estimo que debemos tutearnos.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Tienes razón, Lyman.

—Eso está mejor —aprobó, complacido, el detective—. ¿Cómo se te ha ocurrido venir a Detroit?

—Cornelius me dijo que debía pasar unos días en esta ciudad ocupado en un asunto de poca importancia.

—¿Eso te dijo?

—Sí —afirmó Barbara—. Entonces decidí aprovechar la ocasión para pasar juntos unas pequeñas vacaciones. Pensé que era preferible no avisarle.

Lyman soltó una risita.

—Y así le dabas una sorpresa, ¿eh?

—¿Te parece mal, Lyman?

—Be momento me la has dado a mí y no me queje.

Ella comprendió la sesión y se cruzó un poco más la tenue bata, con ademán instintivo. Sin embargo, Lyman continuó vislumbrando el espléndido cuerpo femenino lleno de pujante agresividad carnal. Sentía que la sangre corría tumultuosa por sus arterias.

Barbara Dugan era capaz de despertar todos los instintos en cualquier hombre.

Hubo un silencio embarazoso.

Y lo rompió la chica preguntando:

—¿Cómo crees que reaccionará Cornelius, Lyman?

El joven encogió los hombros.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que pueda pensar, cuando nos vea juntos en esta habitación. Y si se fija en la única prenda que llevas sobre el cuerpo, seguro que liamos la cosa.

Las mejillas de la chica volvieron a teñirse de rojo y bajó la mirada al suelo murmurando:

—Será mejor que vaya a vestirme, Lyman.

—Dime una cosa, Barbara.

—¿El qué?

—¿Tomas muy a menudo un baño en la habitación de Cornelius?

Barbara levantó la mirada y Lyman advirtió que se endurecía.

—¿Qué estás pensando?

—Responde a mi pregunta, Barbara.

—Me parece que no te comprendo demasiado bien, Lyman.

El joven compuso una mueca.

—¿Quieres que te haga la pregunta de otra forma?

Al tiempo que hablaba empezó a mirarla de una manera muy especial y notó que ella se estaba poniendo un tanto nerviosa. Su voz sonó insegura al decir:

—Prefiero que no sigas por ese camino, Lyman.

Pero él echó a andar en dirección a ella y sin dejar de mirarla aseguró en tono quedo:

—¿No puedo remediarlo, Barbara? Es... algo superior a mis fuerzas lo que me está ocurriendo.

Barbara no pudo evitar un estremecimiento y lo miró a su vez sabiendo perfectamente lo que él deseaba. Durante largos segundos no pudo apartar la mirada de los ojos de Lyman. De pronto salió de su abstracción y sacudiendo la cabeza hizo intención de dirigirse al cuarto de baño.

—Voy... a vestirme.

—Espera, Barbara.

Ella se detuvo a mitad de camino y sintió que una extraña excitación la llenaba por completo. Era como un cosquilleo en la boca del estómago que hacía flaquear sus piernas. Supo que a pesar de todos sus esfuerzos no podría resistir el asalto de Lyman.

Era... como una fortaleza que capitulaba antes de que se iniciara la batalla. Sin condiciones.

Procuró pensar en Cornelius.

Pero eso no la ayudó en absoluto. No se produjo el milagro que esperaba y que quizá... tampoco deseaba en el fondo. No podía engañarse a sí misma.

Lyman llegó despacio a su lado y le rodeó la cintura con él brazo, tirando suavemente de ella. La estrechó contra su pecho sin que Barbara opusiera demasiada resistencia. Luego se inclinó y comenzó a besarla en la comisura de los labios.

Terminó uniendo su boca a la de ella.

Un beso que se inició con extraordinaria suavidad y que progresivamente fue convirtiéndose en ávido estallido de pasión incontrolada, a pesar de la rigidez que mostró Barbara en principio. Pero de pronto percibió Lyman que la muchacha correspondía plenamente a la caricia y echándole los brazos al cuello adosaba el turgente cuerpo al de él.

Lyman no pudo precisar el tiempo que estuvieron unidos.

Cuando finalmente la soltó jadeó ella entrecortadamente. Lo miró al fondo de los ojos y sin separarse, musitó:

—¿Por qué lo has hecho, Lyman?

—Ambos lo estábamos deseando, nena.

—Pero tú eres amigo de Cornelius.

Lyman rió un tanto irónico.

—¿Y para qué crees que son los amigos? —bromeó—. La

verdadera amistad consiste en compartirlo todo, querida.

Barbara frunció los labios haciendo un mohín.

—Eres un granuja, Lyman.

—No voy a negarlo —reconoció él, esbozando una leve sonrisa—. Pero lo que acabo de hacer ha nacido directamente del fondo de mi corazón. Además...

—¿Qué?

—Tú puedes conseguir que deje de ser un granuja.

Ella arqueó las cejas sorprendida.

—¿Hablas en serio?

—Como nunca lo hice en mi vida.

La muchacha titubeó ligeramente.

—Soy... la prometida de Cornelius.

—Ese mal tiene fácil remedio, querida. Basta con cerrarle la puerta en las narices.

De nuevo vaciló Barbara.

—No puedo hacerlo, Lyman.

—No me digas que estás enamorada de ese fantoche, Barbara —exclamó el joven, estrechándola de nuevo entre sus brazos—. Para una mujer como tú es poco hombre Cornelius Mahan.

La chica levantó la mirada y reprendió:

—No está nada bien que hables así de un buen amigo, Lyman.

—¿Quién ha dicho que seamos amigos ese cerdo y yo? —Pero...

Lyman no la dejó salir de su sorpresa y se inclinó nuevamente sobre ella besándola a fondo. Barbara se resistió otra vez al principio, pero acabó colaborando.

En eso se abrió la puerta de la habitación y Cornelius Mahan apareció en el hueco.

Lívido el semblante contempló la escena y rugió:

—¿Qué diablos pasa aquí?

Lyman Kline se separó de la muchacha y respondió tranquilamente:

—Que nos olvidamos de cerrar la puerta, Corne.

CAPÍTULO IV

Cornelius Mahan cerró de un fuerte portazo y avanzó entrando en la habitación a paso de carga. Se quedó unos segundos mirando perplejo a Barbara, a la que no había reconocido, al principio, por hallarse de espaldas la muchacha.

Cuando pudo reaccionar, murmuró atónito:

—¿Qué... estás haciendo aquí?

Barbara Dugan no supo qué responder en los primeros instantes. Inclínó la cabeza enrojecidas las mejillas y después de un prolongado silencio, musitó:

—Quería darte una sorpresa, Corn.

Lyman Kline intervino comentando divertido:

—Opino que lo has conseguido plenamente, querida.

Mahan giró la cabeza y clavó en él una mirada asesina.

—Eres un puerco, Lyman —masculló, aproximándose al detective—. Y mereces que te retuerza el cuello como a una gallina.

Kline rió incisivo.

—Pero te faltan agallas, ¿eh, Cornelius?

Súbitamente disparó el puño derecho Mahan y estuvo a punto de sorprender a Lyman. Pero éste logró esquivarlo por centímetros y acto seguido clavó la zurda en el hígado del agresor.

Mahan se encogió bruscamente abriendo mucho la boca y Lyman lo cazó con un terrorífico gancho bajo el mentón que lo lanzó por el aire en dirección a la mesita de los licores. Se la llevó por delante en su caída y armó un estropicio infernal de botellas rotas y vasos convertidos en añicos.

Despatarrado sobre la volcada mesita sacudió la cabeza tratando de salir del momentáneo aturdimiento. Miró con odio a Kline y su primera intención fue la de lanzarse sobre él.

Pero el detective privado le apuntó con el índice extendido y advirtió, risueño:

—¡Ey, ey..., que esto es un asunto personal, chico!

—Voy a ponerte en órbita, Lyman.

—Hace un rato dijiste que los asuntos personales deben quedar al margen en la profesión de policía, Corne. Pero tú no eres de los que predicas con el ejemplo, ¿eh?

Cornelius Mahan tuvo que hacer un violento esfuerzo para poder contenerse. Finalmente se incorporó despacio y se sacudió los fragmentos de vidrio adheridos a su vestimenta mientras, mentalmente, contaba hasta catorce.

Ya más sereno miró hostil a Kline.

—Cuando todo esto termine voy a darte la paliza más fenomenal de tu vida, Lyman.

—Así sea, chico.

Mahan se desentendió del detective y girándose a la temerosa Barbara le dirigió una dura mirada.

—Creo que me debes una explicación —silabeó, tenso—. Y quiero escucharla en seguida.

Ella levantó los ojos súbitamente desprovistos de temor. Nunca en su vida había consentido que un hombre le hablara en el tono que lo estaba haciendo Cornelius. Pálido el semblante, pero con firmeza en la voz, replicó:

—Vine a Detroit con la idea de pasar unos días junto a ti.

Mahan sonrió sarcástico.

—Y lo primero que haces es arrojarte a los brazos de este cerdo como si fueras una...

—¡No lo digas, Cornelius! —lo cortó Barbara, llameantes las pupilas—. Luego puedes arrepentirte.

Lyman terció, irónico:

—No te suponía tan temperamental, Corne.

—¡Tú te callas, Lyman!

—Está bien, hombre, está bien.

—No vuelvas a interferir o...

—Lyman no tiene la culpa de lo ocurrido, Cornelius —lo atajó la chica, segura de sí misma—. He sido yo quien lo ha provocado y él ha respondido como cualquier hombre lo hubiera hecho.

Lyman Kline torció el gesto.

—No necesito que me echen un cable, nena.

No obstante, Barbara Dugan siguió diciendo:

—Lo siento por ti, Cornelius. Vine a Detroit con la idea de que pasáramos juntos unas pequeñas vacaciones. Luego han sucedido hechos imprevisibles de los que nadie es culpable. Todo está confuso dentro de mí y... ya no estoy segura de querer pasar tinos días a tu lado. Regresaré a Chicago hoy mismo.

En la estancia hubo un largo y tenso silencio.

Con un dejo mordaz en la voz, preguntó Mahan:

—¿Cómo es posible que una persona pueda cambiar tan bruscamente, Barbara? No lo puedo comprender, la verdad.

—Por favor, Cornelius —rogó ella, mirándolo a los ojos—. No me hagas preguntas.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Yo había creído firmemente en tu amor por mí.

Barbara le dio la espalda.

—No quiero hacerte daño, Cornelius.

Pero Mahan insistió, sardónico:

—¡De modo que, de pronto, te has enamorado como una colegiala de Lyman!, ¿eh? Lo nuestro tiene que quedar en el olvido...

La muchacha se revolvió como si le hubiese picado una avispa.

—¡Yo no he dicho que esté enamorada de Lyman, Cornelius! Sólo he querido hacerte entender...

—Adelante, Barbara —invitó, frío, Mahan, al observar que ella se cortaba—. Aclara lo que has querido dar a entender.

Pero antes de que la chica pudiera hablar se adelantó Lyman Kline, interviniendo:

—Lo que Barbara quiere decir es que ya no está tan segura de sus sentimientos hacia ti, Corne. Y si quieres tener alguna posibilidad de que vuelva a mirarte con los mismos ojos de antes, es mejor que cambies de actitud, chico. A una mujer no se la conquista con reproches y amarguras desplazadas.

Mahan le lanzó una fulgurante mirada.

—Te pedí que no intervinieras, Lyman. Si crees...

—Intervengo porque es un asunto que me atañe personalmente y no creo nada en absoluto, Corne —lo atajó dando un manotazo al aire el detective—. Ahora es mejor que dejemos esto pendiente para resolverlo más adelante y nos ocupemos del trabajo que nos han encomendado con tan poca vista. No debemos gastar energías

inútilmente.

—Así de sencillo, ¿eh?

—No es nada sencillo pero se impone establecer una tregua, Corne. Te estoy diciendo exactamente lo mismo que me dijiste hace un rato. Y puedo asegurarte que tengo verdaderos deseos de meterte mano.

Cornelius Mahan inspiró con fuerza.

Transcurrieron unos instantes silenciosos y acabó accediendo.

—¡Está bien! —barbotó—. Dejaremos esto pendiente para el final.

—Eso es otra cosa —asintió Kline—. ¿Has tenido tiempo de echarle un vistazo al *dossier*?

—Lo cío leído.

—Entonces coincidirás conmigo en que hay que empezar por el tugurio donde trabajaba Marilyn Lodge.

Mahan encogió los hombros.

—Podemos empezar por ahí.

Lyman se giró a la hija del senador Dugan y le hizo un ademán.

—Ve a vestirte, Barbara.

Ella arrugó el ceño sorprendida, pero fue Mahan el que preguntó:

—¿Qué estás pensando, Lyman?

—Me gustaría que Barbara viniese con nosotros.

—Ni hablar.

—La compañía de una mujer en el club Marocco evitará suspicacias que pueden perjudicarnos, Corne.

—Ella puede quedarse aquí o regresar a Chicago como ha dicho —se mantuvo firme, Mahan—. De ninguna manera voy a consentir que venga a ese garito.

—Estará protegida por nosotros.

—A pesar de eso.

Kline compuso una mueca.

—¿Por qué no dejas que lo decida ella? A lo mejor tiene ganas de divertirse un rato.

Barbara Dugan terció en la discusión:

—Voy a ir con vosotros.

—¿Lo ves? —rió el detective, mirando irónico a Mahan—. Barbara desea acompañarnos.

Mahan crispó los maxilares.

—Escucha, Lyman... Si le ocurre algo a Barbara, te vaciaré el cargador de mi pistola en el cuerpo.

Kline movió la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, Corne —dijo, tranquilo—. Me vaciarás el cargador en el cuerpo en lugar de redactar un informe como tienes por costumbre. Palabra que me llevaría una sorpresa.

Los ojos de Mahan fulguraron.

—Tómalo a broma si quieres, pero atente a las consecuencias.

—Por la forma en que lo dices no puedo tomarlo a broma, nombre. Pero tú debes colaborar conmigo y echarme una mano en la vigilancia de los acólitos de Lewis Abrams.

Mahan frunció el ceño.

—¿Lewis Abrams es el dueño del club Marocco?

—Por lo menos ese tugurio figura a su nombre.

Barbara Dugan aprovechó que ambos hombres parecían haberse calmado, para irse a vestir al cuarto de baño.

Cornelius Mahan se acarició el mentón, pensativo.

—Ha subido muy de prisa ese granuja —comentó—. Cuando yo estaba aquí no pasaba de ser un simple pistolero.

—Ahora ha pasado a ser alguien en el mundillo del hampa. Se rumorea que tiene la espalda cubierta por un pez gordo que se oculta en las sombras.

—Y nosotros debemos sacarlo a la luz, ¿eh?

—Siempre que tenga alguna relación con Marilyn Lodge y el teniente Muir Hopkins.

—Ya.

Los dos hablaban ahora con absoluta normalidad.

Como si en realidad no se odiaran a muerte.

CAPÍTULO V

El club Marocco se hallaba bastante concurrido.

Diminutas mesas circulares, taburetes acolchados, camareras de falda corta moviéndose con increíble habilidad por entre los clientes, una alargada barra al fondo y una pista de baile en la que se movían lentamente varias parejas.

La música ambiental era también muy lenta.

Barbara, Lyman y Cornelius tomaron asiento dificultosamente, en torno a una de las pequeñas mesas y en seguida acudió una exuberante rubia a tomar nota de lo que iban a consumir.

Cuando la camarera se alejó contoneándose, dijo Lyman:

—Te quedas aquí mientras voy a charlar con Abrams, Corne.

—¿Por qué?

—Porque debes cuidar de Barbara.

—Ella no debió venir, ¡maldita sea! Hay varios tipos que no dejan de mirarnos de forma que no me gusta.

—Mayor razón para que no te muevas del lado de Barbara. ¿Por qué no vais a bailar un poco, mientras me entrevisto con Abrams?

La hija del senador lo fulminó con la mirada.

Mahan se limitó a inquirir:

—¿Cuánto crees que tardarás? Lo digo por si Abrams me da la alegría de liquidarte. Podré actuar transcurrido el plazo fijado.

Lyman le enseñó los dientes.

—Calcula unos veinte minutos, simpático.

Acto seguido se puso en pie y cruzó la sala, dirigiéndose a una puerta situada junto al extremo derecho de la barra. Un tipo que andaba por allí le lanzó una mirada especulativa, pero Lyman empujó la hoja de madera y se internó parsimonioso por el pasillo que llevaba a las dependencias privadas.

De pronto se encontró con una manaza apoyada en el pecho.

—¿Adónde supones que vas, fisgón?

Lyman posó una serena mirada en el energúmeno que se le había puesto delante.

—Soy policía, Perry.

—Hace tiempo que te dieron la patada en el trasero, fisgón.

—Pero ahora se han dado cuenta que cometieron una equivocación y me necesitan.

—No me digas.

—Quiero charlar con Abrams.

—Pero él no quiere hacerlo contigo.

—Ve y dile que estoy aquí.

—No me da la gana.

Perry Walcutt, uno de los matones de confianza de Lewis Abrams, continuaba con la mano apoyada plana en el pecho de Kline. El joven bajó la vista y se quedó mirándola.

—Me vas a manchar la camisa y no tengo otra, Perry.

—Escucha lo que voy a decirte, fis...

Lyman levantó súbitamente la rodilla estrellándola en la entrepierna del matón y, al mismo tiempo, adelantó la zurda tapándole la boca. Logró ahogar su aullido de dolor y no quiso desperdiciar la ocasión que le ofrecía Perry brindándole la nuca.

Le aplicó un duro mazazo con el puño derecho.

El matón cayó de rodillas como apuntillado.

Pero se recuperó con más rapidez de la que esperaba Lyman y se dispuso a embestir.

—¡Quieto, Perry...!

Una puerta se había abierto dejando paso a un individuo de unos cuarenta años y su aviso llegó a tiempo de contener a Walcutt. El sujeto tenía las facciones afiladas y los ojos hundidos, brillantes... Se quedó mirando a Kline y silabeó:

—Esto puede traerte complicaciones, Lyman.

Perry Walcutt miraba con odio al joven y suplicó:

—Déjeme darle una pasada, jefe. Se lo puedo convertir en menudillo en un abrir y cerrar de ojos.

—No.

—Pero, jefe...

—He dicho que no, Perro —lo cortó haciendo un ademán, Abrams—. Regresa a tu sitio y no vuelvas a dejarte sorprender. No pago un sueldo para que te sacudan.

Perry Walcutt se alejó unos pasos rechinando los dientes.

Lewis Abrams miró a Kline.

—Supongo que has venido a verme, ¿eh, Lyman?

—Supones bien, Lewis.

—No tenías necesidad de golpear a Perry.

—Me estaba manchando la camisa.

—Está bien. ¿Qué se te ofrece?

Lyman hizo una mueca.

—Vamos a tu despacho y te lo contaré, Lewis.

Abrams titubeó unos instantes. Luego dio una cabezada afirmativa y se introdujo nuevamente en su despacho esperando a que entrara Lyman. Tan pronto lo hubo hecho cerró la puerta y se alejó unos pasos.

—Habla, Lyman.

El joven había sacado el carnet facilitado por el capitán Vance y se lo metió al tipo de facciones afiladas, bajo la nariz.

—¿Sabes lo que significa esto, Lewis?

Abrams posó las pupilas en la cartulina y arrugó la nariz.

—Conque te han vuelto a recoger.

—Soy muy bueno y me necesitan, Lewis.

—Vamos al grano, Lyman —barbotó el dueño del club Marocco —. No tengo mucho tiempo disponible.

Lyman Kline emitió una risita.

Ambos estaban derechos porque Abrams no había tomado asiento ni se lo ofreció a él. Era una forma de mostrarle el descontento que sentía por tenerlo allí.

Sin borrar la risita, dijo Lyman:

—Quiero información sobre Marilyn Lodge, Lewis.

—Pues lo siento, chico —torció el gesto Abrams—. Ya estuvieron aquí tus colegas y les dije cuánto sabía. Tanto yo como mis hombres disponemos de coartadas indestructibles.

—Entre mis colegas y yo existe una gran diferencia, Lewis —empezó a decir, calmoso, Kline—. Te consta que soy capaz de machacarte los dientes con la culata del revólver y quedarme tan tranquilo. Conque es preferible que abras el grifo de las confidencias.

Abrams crispó los maxilares.

—Si imaginas que me vas a intimidar...

Lyman alargó la diestra y atrapándolo por la pechera de la camisa lo llevó hasta la pared del fondo. Le estrelló la espalda contra ella y silabeó, manteniéndolo inmóvil:

—Recuerda que sólo hago las preguntas una vez, Lewis.

El dueño del garito se había puesto pálido como un muerto, pero no hizo nada por soltarse. Hacía años que conocía a Lyman Kline y le constaba que era capaz de ahogarlo contra la pared al menor atisbo de resistencia por su parte.

—¿Qué... quieres saber, Lyman?

—Podemos empezar por las amistades de esa chica, Lewis. ¿Qué te parece si me dices los nombres de sus amiguitos más íntimos?

—Ya le dije a los otros policías...

—Olvida las mentiras que les contaste, Lewis —lo cortó Kline, apretándolo con más fuerza contra la pared—. Yo estoy más interesado que ellos en saber la verdad.

Abrams empezó a sudar.

—¿Qué... pasará si me niego a hablar, Lyman? —jadeó—. Tengo derecho a un abogado...

—Déjate de chistes malos, Lewis, hombre.

—¡No puedes obligarme a...!

La mano libre de Lyman se movió con rapidez, abofeteándolo a derecha e izquierda. Dos lagrimones resbalaron por las mejillas contraídas de Lewis Abrams y advirtió Kline:

—Si levantas la voz puede acudir uno de tus acólitos y eso sería tu perdición, Lewis. Puedo meterte un balazo en la cabeza y alegar que lo hice en defensa propia. Lo único que harían sería expulsarme otra vez de la policía, y eso me tiene sin cuidado. ¿Por qué no razones un poco y colaboras?

Abrams sabía que Kline era muy capaz de cumplir lo que estaba diciendo. Era el fulano más bestia que había conocido en toda su vida y le tenía verdadero pánico.

Kline continuó diciéndole:

—Voy a pensar que estás complicado en la muerte de esa Marilyn Lodge y eso sería perjudicial para ti, Lewis. Si realmente estás limpio en relación al asesinato de la chica..., ¿por qué ese empeño en ocultar lo que sabes?

Lewis Abrams se pasó la punta de la lengua por los labios.

—¿Sabrá alguien lo que hablemos aquí, Lyman?

—Yo no lo mencionaré.

—Está bien —suspiró Abrams tras unos instantes de vacilación

—. Voy a contarte lo que sé.

—Lyman lo soltó.

—Venga, Lewis.

—No quiero que pienses que estoy complicado...

—No pierdas el tiempo, Lewis —lo atajó Kline—. En la sala hay un tipo que puede liarse a tiros con tus hombres si tardo más de veinte minutos en aparecer.

El dueño del garito lo miró extrañado, pero en seguida comenzó a explicar:

—Esa Marilyn era una pájara de cuidado. Al principio de trabajar para mí tuve relaciones íntimas coa ella, no voy a negarlo. Luego me cansé y si no la despedíame porque atraía a muchos clientes y no me convenía prescindir de ella.

—Al grano, Lewis.

—Un día me enteré, por uno de mis chicos, que estaba ligada a un grupo de *furcias* manejadas por un tal Ulrich Higham. Es un médico que, al parecer, tiene buenas relaciones y se encarga de facilitar mujeres para reuniones de gente importante. Orgías en las que la droga corre que es un contento. Supe que Marilyn se había aficionado a los *rizadores*, ya sabes: cigarrillos drogados...

—Sé lo que son *rizadores*. Sigue.

—Cuando me enteré, la despedí en el acto.

—Pero ella siguió aquí, ¿no?

—Por fuerza. Aquella misma noche recibí la visita de unos tipos que eran pistoleros natos, sin lugar a dudas. Me amenazaron con prender fuego al local si echaba a la chica.

—¿Por qué querían que siguiera trabajando para ti?

—¡Y yo qué sé! —Encogió los hombros Abrams—. No se me ocurrió preguntarles los motivos que tenían para que Marilyn siguiera trabajando aquí.

—Y entonces decidiste aceptarla nuevamente, ¿eh?

—¿Qué otra cosa podía hacer? —preguntó Abrams—. ¿Empezar una guerra que a nadie beneficiaría, por causa de una *furcia*?

Lyman sacudió la cabeza.

—Pero, al menos, no dejarías de observar a Marilyn Lodge.

—Cada vez se hundía más y más en el fango. Últimamente

parecía envejecida unos diez años por lo menos. Daba pena contemplarla y compararla con la chica que un día vino a pedirme trabajo.

—Acaba, Lewis.

—No hay nada más.

—¿Estuvo por aquí el teniente Muir Hopkins, últimamente? Quiero decir si se relacionó alguna vez con Marilyn.

Abrams abrió mucho los ojos.

—¿El teniente Hopkins con esa pájara...? Creo que empiezas a desvariar, Lyman.

—Olvidalo. ¿Dónde puedo hallar a Ulrich Higham?

—Ni idea.

—Lewis...

—¡No sé dónde puedes encontrar a ese fulano, Lyman!

—Está bien —cabeceó Kline—. De momento voy a darte crédito. ¿Quieres acompañarme a la sala o prefieres correr el riesgo de que uno de tus muchachos se sienta belicoso y tenga que quebrarle un brazo?

Lewis Abrams chasqueó la lengua.

—Voy contigo, Lyman.

—Dime una última cosa, Lewis.

—¿El qué?

—¿Contaste a mis colegas lo de ese Ulrich Higham?

—Bueno..., ellos no me lo preguntaron. Sólo se mostraron interesados en saber lo que habíamos hecho mis hombres y yo, la noche que se cargaron a Marilyn.

—Comprendo.

Ambos hombres abandonaron el despacho y salieron al pasillo. Allí encontraron a Perry Walcutt que dirigió una mirada preñada de odio a Kline. Éste al pasar junto a él le sonrió.

—Hasta la vista, Perry.

—Que te pudras, polizonte.

Ya alcanzaban la puerta que daba a la sala, cuando se detuvo Lewis preguntando:

—¿Puedo hacerte yo una pregunta, Lyman?

—Prueba.

—Tu vuelta a la policía..., ¿es definitiva?

Lyman Kline le enseñó los dientes sonriendo, incisivo.

—Te lo diré otro día, Lewis. No hace falta que te molestes en seguir acompañándome. Puedo encontrar solo el camino.

Lewis Abrams se quedó allí con un gesto de preocupación reflejado en el rostro y Lyman salió a la sala.

Poco después se reunía con Barbara y Cornelius. Tomó asiento y bebió un trago de la cerveza que había pedido, antes de entrar a charlar con Abrams.

Mahan no tardó en indagar:

—¿Cómo te ha ido?

—Bastante bien. Disponemos de una pista para empezar a movernos y eso ya es mucho.

—¿Qué clase de pista?

—Hay que buscar a un individuo llamado Ulrich Higham. Es doctor, pero, al parecer, se dedica a enfermar personas en lugar de curarlas. Marilyn Lodge formaba parte de un grupo de Chicas seleccionadas por el tal Higham para cierto tipo de trabajos.

—¿Te lo ha dicho Abrams?

—En efecto.

—¿Y te fías de ese sujeto?

—Soy la última persona a la que sería capaz de mentir Lewis Abrams, Corne —afirmó, seguro de sí mismo, Kline—. Sus ojos se llenan de verdadero pánico cuando le pongo la mano encima.

Cornelius Mahan compuso una mueca.

—No me extraña.

Lyman prefirió ignorar el comentario y se volvió a Barbara:

—¿Te ha gustado la música, Barbara?

—Estos lugares me asquean.

—A también. ¿Vamos?

El propio Kline abonó las consumiciones y los tres abandonaron la diminuta mesita circular abriéndose paso hacia la salida. Ya en la calle pudieren respirar el fresco airecillo procedente de los lagos.

—Llamaremos a Vance para que nos localice a Higham —dijo Kline—. Es importante atraparlo cuanto antes.

El coche policial sin distintivos oficiales que habían facilitado a Mahan, se hallaba estacionado en la acera opuesta y los tres se dispusieron, a cruzar al otro lado.

Pero cuando se encontraron en el centro de la calzada les sorprendió el brusco rugido de un motor.

Un coche se les venía encima, a toda velocidad con las luces largas encendidas.

Kline vislumbró que no iban a tener tiempo de eludirlo.

Parecía inevitable el ser atropellados.

CAPÍTULO VI

Los dos jóvenes pusieron de manifiesto la gran capacidad de reacción que poseían.

Aunque en verdad estuvo a punto de costarles caro.

Cornelius atrapó a Barbara de un brazo y tiró bruscamente de ella hacia adelante. En cambio, Lyman Kline retrocedió rápidamente y, aferrando del otro brazo a la muchacha, quiso llevársela con él. Todo pudo acabar trágicamente para ellos al reaccionar ambos hombres de manera distinta.

Pero sólo fueron décimas de segundo.

Lyman demostró unos reflejos extraordinarios y soltó el brazo de Barbara dejando actuar a Mahan.

El morro del coche se hallaba a menos de tres metros de ellos cuando Cornelius lanzó a la muchacha por entre dos vehículos estacionados, haciéndola rodar por la acera. También él saltó por encima del motor de uno de los autos y rodó junto a Barbara, Lyman escapó de la canallesca embestida por puro milagro.

Estuvo a punto de perder el equilibrio por la ráfaga de aire que lo azotó al pasar el coche, lamiéndole el cuerpo, lanzado a toda velocidad. Y quedó unos segundos con la espalda apoyada en otro vehículo, sintiendo inundado de frío sudor todo su cuerpo.

El coche agresor se alejaba raudamente.

Lyman se repuso con prontitud y sacando el revólver de la axila puso una rodilla en el suelo y empezó a disparar en veloz sucesión, apuntando a los neumáticos.

Súbitamente se produjo un estallido que se mezcló con el estrépito de los disparos que hacía Kline. El coche comenzó a bandear peligrosamente de un lado a otro de la calzada. Y debido a la creciente velocidad que iba adquiriendo, al conductor le fue imposible dominarlo.

En unos segundos perdió por completo el control.

Kline lo vio brincar a la acera después de colisionar de costado contra otro vehículo estacionado. A continuación se deslizó un buen trecho y acabó estrellándose contra la pared.

Afortunadamente nadie pasaba por allí, en aquellos momentos, ya que la calle aparecía solitaria.

El coche había quedado empotrado en el muro y una columna de humo empezó a elevarse del motor.

Lyman Kline corrió en dirección a él guardando el revólver.

En la acera opuesta se estaban levantando Cornelius y Barbara.

El joven ayudó a la muchacha a levantarse y ambos contemplaron, atónitos, el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Lyman Kline llegó jadeante junto al auto siniestrado y echó un vistazo al interior. Dentro habían dos sujetos en grotesca postura. El conductor mostraba la frente abierta horriblemente y pensó Lyman que le quedaban escasos minutos de vida.

El otro también se encontraba malherido.

El joven abrió la portezuela de aquel lado y, atrapándolo por las solapas de la americana, tiró de él sacándolo del interior del coche. Cuando lo tuvo en la acera lo arrastró sin demasiados miramientos, alejándose a toda prisa del lugar.

De repente adivinó lo que iba a ocurrir y se arrojó de bruces.

Una pavorosa llamarada surgió del coche empotrado en la pared, siendo precedida de una tremenda explosión. El vehículo quedó envuelto en llamas en cuestión de segundos.

Lyman volvió a levantarse y sin soltar al herido siguió alejándose de allí tan rápido como le fue posible. Finalmente tuvo que detenerse porque sus pulmones estaban a punto de estallar. Cayó de rodillas respirando entrecortadamente.

La voz de Cornelius Mahan sonó áspera por encima de él:

—¿Es que no sabes arreglar las cosas de otra forma, Lyman?

El joven arrugó las cejas y levantó la mirada posándola en el agente de Chicago.

—¿Qué infiernos estás diciendo, Corne?

—Tu única salida es emplear siempre la violencia —reprochó Mahan, haciendo una mueca—. No sabes hacer otra cosa.

Lyman se puso en pie con dificultad y miró, incrédulo, a su obligado colaborador.

—¿Es que vas a reprocharme esto, maldita sea?

Por toda contestación, Cornelius Mahan se inclinó sobre el herido que Kline había rescatado del coche momentos antes de que éste se convirtiera en una antorcha. Lo estuvo examinando unos segundos y sacudió la cabeza.

—Este hombre va a morir —dijo, chasqueando la lengua—. Eres un bestia, Lyman.

Kline inspiró aire con fuerza y crispadas las mandíbulas farfulló despectivo:

—¡Vete a la mierda, Corne!

Los ojos de Mahan fulguraron de ira y saltó en pie.

—No te voy a consentir...

—¿Acaso no has visto lo que pretendían hacer esos tipos, condenado imbécil? —estalló colérico Kline—. ¿Supones que hubieran tenido remordimientos, en el caso de aplastamos bajo el coche? Yo puedo ser un bestia, pero tú eres un idiota por muy temprano que te levantes. Lo de poner la otra mejilla no va con mi forma de ser.

—Conozco perfectamente tu forma de ser, Lyman —replicó, con desprecio, Mahan—. Hace años que te catalogué.

Barbara Dugan había conseguido salir de la impresión en la que se hallaba y miró reprobativa a ambos jóvenes.

—¿Es que no vais a llamar a una ambulancia para que se lleven a este hombre? Mientras exista una posibilidad de salvar su vida...

Lyman la cortó, con un ademán:

—Todo es inútil, Barbara.

Muchos curiosos estaban acudiendo al lugar de los acontecimientos. Observaban lo que estaba pasando con morbosa curiosidad, aunque la mayoría de ellos se mantenían a prudencial distancia.

Las sirenas de los coches policiales sonaron a lo lejos.

Cornelius desvió la mirada posándola en la muchacha.

—Cuando llegue el primer coche llamaremos inmediatamente a una ambulancia, Barbara. De todas formas tiene razón el animal de Lyman. No hay esperanza para este hombre.

Lyman estaba escrutando atentamente al herido y escuchó decir, sardónico, a Mahan:

—¿Te sientes satisfecho de tu obra, Lyman?

Kline se levantó despacio y miró fríamente a su compañero de

investigación.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido, Come? ¿Acaso te hubiera gustado resultar atropellado por ese maldito coche que se nos echó encima canalllescamente?

—No —respondió desafiante Mahan—. Pero no tenías necesidad de ponerte a disparar contra ellos. Podíamos haberlos perseguido con nuestro coche, Lyman.

—¿Y exponemos a perderlos?

—Un policía nunca debe convertirse en verdugo.

—No tengo ganas de seguir discutiendo tonterías —replicó, secamente, Kline—. Echale un vistazo al herido.

Cornelius Mahan forzó una risita hiriente.

—Ya he comprobado los resultados de tu valiente acción.

—¡Echale un vistazo a ese tipo! —rugió, furioso, Kline—. ¿A qué infiernos estás esperando?

El agente de Chicago frunció el ceño y lo miró largamente. Percibió una extraña entonación en la voz de Kline y levantó los hombros inclinándose con desgana sobre el herido. Permaneció unos segundos observando sus lívidas facciones.

Después de unos instantes escuchó preguntar a Kline:

—¿Lo reconoces?

Mahan levantó la mirada, extrañado.

—¿Qué quieres decir?

—Que si te acuerdas de este sujeto.

—¿Cómo quieres que me acuerde de él? —Magullé Mahan, poniéndose otra vez en pie—. No lo he visto en mi vida.

—¿Estás seguro?

—Desde luego.

Lyman Kline se masajeó el mentón y tras unos segundos de silencio, dijo:

—Este fulano se llama Stow Hewit y abandonó la policía con la graduación de sargento. Estuvo una temporada trabajando a las órdenes del teniente Muir Hopkins.

Cornelius Mahan respingó, sorprendido.

—¿De qué estás hablando, Lyman?

—Stow Hewit pidió el cese voluntario hace cosa de un año.

Lyman no pudo seguir hablando porque en aquel instante se detuvieron junto al bordillo los dos primeros coches de la policía y

varios agentes acudían apresuradamente en dirección a ellos.

El capitán Merlo Vance observó con expresión adusta cómo era introducido en la ambulancia el cadáver de Stow Hewit y ésta partía, alejándose rápidamente del lugar del suceso.

A su lado se hallaban Lyman, Cornelius y Barbara.

—La participación de Hewit en el asunto lo complica todo —masculló Vance, malhumorado—. De haberle podido sacar una confesión completa...

Kline encogió los hombros.

—No fue posible.

—Desde luego —intervino, mordaz, Mahan—. Gracias a la intervención de Lyman no pudimos atraparlo con vida. No llegó a recuperar el conocimiento después de que el coche se estrellara.

Vance no dejó de percibir la directa acusación del agente de Chicago, pero la pasó por alto y dijo, dirigiéndose a Kline:

—¿Has podido sacar alguna conclusión, Lyman?

El joven compuso una mueca.

—Me gustaría echar un vistazo al historial de Stow Hewit antes de emitir un juicio concreto.

Hubo un breve silencio y el capitán asintió, moviendo la cabeza.

—De acuerdo —accedió—. Vete al archivo central y pide la ficha del exsargento Hewit. Me pondré en contacto con ellos para que no te pongan impedimentos. Estúdiala a fondo y después te reúnes con Mahan y conmigo en mi despacho.

—Okay.

Lyman se disponía a marchar, cuando se adelantó Barbara diciendo a Vance:

—Me gustaría ir con Lyman, capitán Vance. Si no tiene inconveniente en que lo acompañe...

Antes de que pudiera responder Merlo Vance, se adelantó sonriendo Kline:

—Soy un policía provisional e independiente, nena. El capitán no tiene inconveniente en que vengas conmigo.

Vance se quedó mirado a la chica.

—No me gusta que la hija de un senador pueda verse envuelta en problemas —empezó a decir—. Sin embargo..., vaya con Lyman si lo desea y luego apártese de estos dos hombres por unos días.

Lyman sonrió haciendo un mudo ademán de despedida y cogiendo a Barbara, del brazo se fue en dirección al coche.

Los ojos de Cornelius Mahan brillaban inusitadamente, posados en la pareja que se alejaba.

CAPÍTULO VII

Lyman conducía a moderada velocidad.

Barbara se giró en el asiento contiguo y estuvo unos instantes mirándolo. El joven advirtió que era observado por ella y ladeó la cabeza esbozando una sonrisa.

—Te doy las gracias por haberme acompañado, Barbara.

La muchacha siguió mirándole con fijeza.

—¿Lo deseabas?

—Más que nada en el mundo, nena.

Barbara inclinó la cabeza y después de un corto silencio, musitó:

—Lamento hacerle daño a Cornelius.

—Tiene que ir haciéndose a la idea, cariño.

—¿A qué idea, Lyman?

El frunció el ceño extrañado.

—¿A qué idea quieres que sea? Cornelius debe empezar a meterse en la cabeza que te ha perdido, nena.

—¿Eso es lo que piensas?

Lyman dejó escapar un resoplido.

—Oye, encanto, no me vengas con rompecabezas. El haber venido conmigo tiene un significado, ¿no?

Ella movió la cabeza en lenta negativa.

—No es lo que estás pensando, Lyman —dijo, despacio—. La verdad es que... todavía no sé lo que quiero. Me duele mucho...

Barbara guardó silencio porque Lyman hizo una rápida maniobra y arrimó el coche al bordillo quitando el contacto. Luego giróse en el asiento, encarándola.

—¿A qué estamos jugando, Barbara?

Ella le aguantó la mirada sin pestañear.

—No se traía de un juego, Lyman —murmuró, queda—. Y lamento que pueda parecértelo.

El joven inspiró con fuerza.

—Naturalmente que no es cosa de juego, cariño —dijo con leve entonación malhumorada—. ¿Cómo crees que interpretará Cornelius el que quisieras acompañarme?

—Cornelius tiene plena confianza en mí, Lyman.

—Pues tienes mucha suerte, nena —masculló él—. Porque lo que es yo no me fío ni de la camisa que llevo puesta. Y si un día encuentro a mi chica besándose con otro tipo, los mando a los dos al hospital. Los psicólogos aseguran que eso es de personas poco civilizadas, pero a mí me importa un rábano lo que puedan opinar. Tengo que confesarte que Otelo se queda en pañales a mi lado.

En tono suave recordó la muchacha:

—No soy tu chica aún, Lyman.

—Ya —chasqueó él la lengua—. Como aquel que dice: «Todavía estás pelando la pava y no sabes si te la vas a comer».

Hubo un breve inciso y musitó, moviendo la cabeza Barbara:

—Creo... que me he equivocado al venir contigo.

—Puedo dar media vuelta y llevarte al hotel si lo prefieres —aseguró Kline, adusto—. ¿Es eso lo que quieres?

Barbara estuvo unos segundos mirándolo al fondo de los ojos sin responder, de momento. Luego inquirió con un dejo de tristeza en la entonación:

—¿Siempre eres igual de brusco, Lyman?

—Sólo cuando me pongo tonto, cariño. Y me parece que ahora lo estoy bastante porque algo me barrena la cabeza.

—¿Una preocupación?

—Puedes llamarla de esa forma.

—¿Algo relacionado conmigo, Lyman?

—Eso es —cabeceó el joven—. Hace rato que me pregunto si entre tú y Cornelius existe algo más que una promesa de casamiento.

Barbara atirantó el semblante.

—¿Qué es lo que estás pensando, Lyman?

—Pues que no es muy normal que la novia tome un baño en la habitación del novio, ¿me explico? Ya sé que las chicas de hoy tenéis ideas avanzadas respecto a...

Barbara disparó súbitamente la diestra pillando desprevenido a Lyman y la bofetada restalló sonoramente en la mejilla masculina.

El joven palideció.

Y escuchó que ella decía, tajante:

—No consiento que nadie piense cosas sucias de mí, Lyman. Entre Cornelius y yo jamás ha existido nada inconfesable, ¿me entiendes? Y si tomaba un baño en su habitación era precisamente porque él siempre me respetó. Pero si tú crees...

Lyman la enlazó por la cintura y tiró violentamente de ella.

La estrujó entre sus brazos obligándola a guardar silencio y se inclinó, besándola salvajemente.

Prolongó el beso cuanto le vino en gana y cuando la soltó lo hizo con tal brusquedad, que Barbara cayó jadeante contra el respaldo del asiento mirándolo con los ojos muy abiertos.

La voz de Lyman recriminó, ronca:

—Nunca vuelvas a hacer algo por el estilo, nena. Cuando una mujer pega a un hombre es porque arde en deseos de ser tratada como yo acabo de hacer contigo.

—Lyman...

—No me importa nada lo que haya podido haber entre tú y ese imbécil de Cornelius —la atajó Kline, brillantes las pupilas—. Sólo me importa que decidas cuál de los dos te conviene y te olvides para siempre del otro, ¿está claro?

Barbara inclinó la cabeza y tras un largo silencio, murmuró:

—Lo siento, Lyman.

—¿Qué es lo que sientes? ¿El haberme pegado la bofetada, o que no se me hayan caído varias muelas?

—Por favor... —pidió ella mansamente—. No seas tan brusco conmigo, Lyman.

Levantó la cabeza y observó el joven que sus bellos ojos estaban rasos de lágrimas. Se sintió íntimamente culpable y adelantando la diestra acarició la mejilla de la muchacha.

—Tienes... que perdonarme, Barbara.

Ambos se unieron, de pronto, en prieto abrazo, pero esta vez sus bocas se buscaron con mutua avidez. Permanecieron largo rato besándose apasionadamente y más tarde dijo Lyman, junto al oído de ella:

—Quisiera tenerte siempre entre mis brazos, cariño. No puedo explicar lo que me está pasando, pero es algo que nunca he sentido con anterioridad. Es como si, de repente, empezara a darme cuenta de que puedo ser diferente. Mejor..., mucho mejor de como soy.

Lyman abandonó el edificio donde se ubicaba el archivo central y regresó al coche donde lo estaba esperando Barbara. Tan pronto hubo tomado asiento tras el volante, inquirió ella:

—¿Ha sido positiva tu visita?

Lyman sonrió.

—Me parece que sí.

Hubo un corto silencio y pidió pensativa, Barbara:

—Dime una cosa, Lyman.

—¿De qué se trata?

—El asunto en el que estáis trabajando es mucho más peligroso de lo que me dijo Cornelius, ¿verdad?

El joven sacudió la cabeza componiendo una mueca.

—No te preocupes por eso.

—Estoy asustada, Lyman.

—Lo que ocurre es que todavía estás impresionada por lo de aquel maldito coche que se nos vino encima, Vance tiene razón en que debes permanecer al margen de todo esto.

—Me... preocupa lo que pueda ocurriros a vosotros, Lyman.

—Es lógico, nena —asintió él—. Pero tanto Cornelius como yo, hemos salido ilesos en casos mucho más peliagudos que éste. Ambos sabemos cuidarnos. Y puedo asegurarte que no es cuestión de suerte, sino de saber, en todo momento, lo que se debe hacer.

Barbara forzó una tenue sonrisa.

—¿Tienes abuela, Lyman?

—Lo que tengo es mucha experiencia, cariño —sonrió él, también—. Deja de preocuparte.

Lyman puso el contacto y pisando el embrague colocó la primera. El coche despegó de la acera, sin prisa. Enfiló la recta calle dirigiéndose a la parte sur de la ciudad.

Después de un trecho, dijo:

—Será mejor que te lleve al hotel. Es muy tarde ya y te conviene descansar, Barbara.

—No tengo sueño, Lyman.

—Eso no importa. Vance ordenó que te apartaras de nosotros durante unos días y eso es, exactamente, lo que haremos.

—Pero...

—No insistas, por favor. Vance y Cornelius me aguardan para llevar a cabo un cambio de impresiones. Tengo que informar sobre

lo que he podido averiguar respecto Stow Hewit.

Barbara suspiró resignada.

—Da acuerdo, Lyman.

—Eso está mejor, nena. Si no tienes sueño cuando te encierres en tu habitación puedes seguir deshojando la margarita.

—¿A qué te refieres?

—A Cornelius y a mí. Todavía no sabes con cuál de los dos te vas a quedar, ¿no?

—Déjate de bromas.

Lyman arqueó las cejas, fingiendo asombro.

—¿Lo sabes ya?

Ella sonrió moviendo la cabeza.

—Prefiero contestar a esa pregunta en otro momento.

Lyman condujo hacia el hotel Comodoro.

En un buen trecho los dos permanecieron en silencio.

Ya hacía unos minutos que habían dejado la calle donde se encontraba el edificio del archivo central, cuando, inesperadamente, surgió por la derecha un enorme camión.

Había salido de una travesía donde al parecer se hallaba esperando el paso del automóvil.

Eso lo dedujo Lyman, en cuestión de segundos, al ver la extraña maniobra que llevaba a cabo el conductor del pesado camión precipitándolo sobre ellos.

Una inminente colisión que podía ser mortal de necesidad.

Y... casi imposible de evitar.

CAPÍTULO VIII

Lyman sólo tenía dos alternativas.

Subía a la acera buscando la dudosa protección de los coches estacionados o pisaba a fondo el acelerador y trataba de pasar por delante del camión antes de que llegara a producirse la colisión.

Optó por lo segundo.

El motor del automóvil rugió poderosamente, al pisar gas a fondo el joven. Saltó hacia adelante y pasó como un meteoro casi rozando el parachoques del enorme camión.

Cuando estaba terminando de pasar esperaba Lyman escuchar el golpe indicativo de que no había podido conseguirlo del todo. Crispó ambas manos sobre el volante dispuesto a compensar el desequilibrio que se produciría, para mantenerse dentro de la calzada si le era posible.

Pero el camión no llegó a alcanzarlo.

Aunque el parachoques de gruesa chapa pasó a escasos centímetros de la parte trasera del coche.

Cuando vio que había fallado su intento de ensartarlo, el conductor del pesado camión giró a la izquierda y emprendió la huida en sentido opuesto a la marcha que llevaba el coche conducido por Lyman.

Pero éste no estaba dispuesto a dejarlo escapar.

Imprimió un brusco giro al volante y, con fuerte chirriar de neumáticos, dio la vuelta enfilando la parte posterior del camión que se daba a la fuga.

Y cuando Barbara esperaba que Lyman se lanzara en persecución del camión, frenó bruscamente el joven y le preguntó hablando con rapidez:

—¿Conduces bien, Barbara?

—Pues... creo que sí.

—¿Te encuentras en condiciones de hacerlo?

A pesar del peligro corrido y de que su rostro estaba intensamente pálido, movió Barbara la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, Lyman.

—Pues no perdamos tiempo y ponte detrás del volante.

En un segundo pasó Lyman al asiento posterior del coche y todavía no se había terminado de situar la muchacha tras el volante, cuando ya apremiaba:

—Vamos, arranca.

Barbara puso el coche en movimiento y se lanzó a toda velocidad hacia el camión que les había sacado dos manzanas de ventaja. Sin embargo, no dudó la chica de que acabarían alcanzándole.

La separación se fue acortando paulatinamente.

Distaba unos veinte metros de la parte posterior del camión en fuga, cuando preguntó Barbara:

—¿Lo paso?

Como respondiendo a la pregunta de la muchacha empezó a bandear el camión de un lado a otro de la calle. Se trataba de una hábil maniobra para impedirle el adelantamiento.

Lyman estaba ocupado en bajar los cristales de ambas puertas posteriores y sacudió la cabeza negando.

—No. Y no te aproximes demasiado, porque un frenazo brusco de ese canalla puede hacer que nos estrellemos contra él. Procura mantener esta distancia.

—Puedo lograr el adelantamiento, Lyman.

Kline se había dado cuenta de que Barbara conducía bastante bien. Sin embargo, no quiso arriesgarse a un encontronazo y volvió a negar:

—No lo intentes. Ese tipo acabará cayendo en nuestras manos si seguimos a esta distancia de él. No hace falta arriesgarse porque en un momento u otro tendrá que detenerse.

—Como quieras, Lyman.

—Lo estás haciendo muy bien, cariño. Sigue así y conseguiremos atraparlo.

Barbara forzó una tenue sonrisa.

—*Okay, jefe.*

Los dos vehículos rodaban a velocidad suicida. Sobre todo el

pesado camión. La circulación era escasa, pero aun así se produjeron algunos frenazos de coches que eran rebasados o que súbitamente pretendían entrar en aquella calle.

De pronto dijo Lyman:

—Ahora tenemos la ocasión de pasar delante.

—¿Cómo?

—Métete por la primera calle de la izquierda y acelera todo cuanto sea posible. Si tenemos un poco de suerte podremos salir delante de ese asesino.

Barbara hizo lo que le decía Lyman y el coche se desvió a toda velocidad entrando por la calle indicada. Tan pronto lo hubo hecho siguió diciendo el joven:

—Ahora gira a la derecha y pisa a fondo el gas. Esta calle y la otra se bifurcan a unos doscientos metros.

La chica obedeció y lanzó el coche a la mayor velocidad que le fue posible. Si de alguna parte surgía otro coche nadie podría evitar la tremenda colisión. No obstante, continuó Barbara pisando a fondo el acelerador y, en cuestión de segundos, llegó a la bifurcación.

Salió a la otra calle unos treinta metros delante del camión.

Lyman cabeceó sonriendo.

—Buena conductora. Ahora sólo tienes que mirar por el retrovisor y procurar que no se nos eche encima el mastodonte, Barbara. Yo me encargo del resto.

Ella asintió.

Kline sacó el revólver y asomando parte del torso por la ventanilla posterior derecha apuntó al centro del parabrisas del camión. Sin titubear apretó el gatillo y pudo observar que el cristal saltaba pulverizado.

A sus oídos llegó el chirrido de unos frenos al ser pisados bruscamente y gritó a Barbara:

—¡Para...!

La muchacha no tardó en obedecer y aún no estaba detenido del todo el coche cuando ya había saltado Lyman a la calzada y ordenaba antes de alejarse:

—¡No te muevas de aquí pase lo que pase!

Acto seguido echó a correr en dirección al camión atravesado en el asfalto. Como consecuencia del brusco frenazo había derrapado,

cruzándose en la calle.

Sin dejar de correr llegó Lyman a situarse delante de la carlinga y allí se detuvo jadeante. Detrás del volante se encontraba un sujeto y, al parecer, todavía se hallaba aturdido por la rapidez con que se habían producido los hechos.

Levantando el revólver le apuntó Kline a la cabeza.

—Baja de ahí que vamos a corrernos una juerga, compadre.

El individuo vaciló unos segundos.

Pero Lyman apretó el gatillo y un plumazo se clavó en el marco del parabrisas haciendo que el tipo reaccionara. Se dejó los pantalones en el asiento saltando a tierra.

El joven fue a su lado y aferrándolo del cuello de la cazadora lo puso sin ninguna clase de miramientos de cara al camión. Lo obligó a apoyar las manos planas sobre el guardabarros y pegándole pataditas en los tobillos le hizo abrir las piernas.

Cuando lo tuvo en la postura deseada lo cacheó, quitándole una automática que arrojó dentro de la carlinga.

—Ya puedes volverte, mal conductor.

El sujeto se giró despacio y mirando a Lyman compuso una mueca de perplejidad que parecía sincera.

—Usted no tiene derecho a...

Lyman cortó sus palabras metiéndole la zurda en el hígado.

—Hablarás sólo citando te pregunte, ¿entiendes el juego?

Inclinado hacia adelante, lívido el rostro a causa del golpe recibido, jadeó el fulano:

—Está cometiendo una equivocación.

—¿Cómo te llamas?

—Gulik. Holman Gulik.

—¿Y dices que estoy cometiendo un error, Holman?

Gulik se enderezó trabajosamente y pasándose la punta de la lengua por los labios, dijo:

—Tengo que reconocer que conducía un poco nervioso cuando estuve a punto de atropellarlos, amigo. Puede dar cuenta de mí si lo desea...

—¿Y el pie derecho para qué te sirve, Holman? —Chasqueó la lengua Lyman—. Ni siquiera intentaste frenar, hombre.

—Ya le he dicho que estaba nervioso.

—Está bien —suspiró Kline—. Ese cuento no pasa. De modo que

ya puedes empezar con la verdad. ¿Quién te ordenó echarme el camión encima, Holman?

—Le estoy diciendo...

Kline hizo un veloz movimiento y le metió parte del revólver en la boca rozándole el paladar con el punto de mira.

—Estás haciendo méritos para que te practique un encefalocardiograma, Holman.

A Gulik le dieron ganas de vomitar y retiró el revólver Lyman mascullando:

—Si te mareas encima de mí te salto los dientes, Holman. ¿Vas a decirme quién te envió, o prefieres un plomazo en el cielo de la boca? Si dudas que sea capaz de disparar sólo tienes que seguir haciéndote el sueco y lo comprobarás.

El tipo movió la cabeza de un lado a otro.

—Puedo jurarle que...

Lyman le dio un cachete en la mejilla.

—Está bien, Holman, echa a andar hacia el coche.

El policía había observado que se estaban aproximando a ellos algunos automóviles curiosos y lo que a él le interesaba era quedarse a solas con Gulik.

Lo empujó hacia el coche donde esperaba Barbara y ya se alejaban cuando preguntó uno de los curiosos:

—¿Ha habido muertos?

Lyman chasqueó la lengua.

—De momento no, pero es posible que los haya pronto.

El tipo se quedó de piedra.

¿Cómo dice?

Pero Lyman ya se llevaba a Holman Gulik hacia su coche y no se molestó en responderle. Segundos después llegaban al vehículo y abriendo la portezuela posterior empujó el joven al conductor del camión introduciéndolo en el interior.

Penetrando detrás de él, dijo a Barbara:

—Vámonos de aquí, nena.

Barbara arrancó alejándose y mientras atrapaba Lyman a Gulik por la pechera de la camisa, informó a la muchacha:

—Este sujeto es un ser despreciable que no tiene derecho ni al aire que roba a los otros ciudadanos, Barbara. Lo digo porque no te gustará lo que vas a ver y escuchar.

CAPÍTULO IX

—Abre el grifo y déjate de tonterías, Holman. Te advierto que tengo poca paciencia y no estoy dispuesto a perder el tiempo con paños calientes.

Gulik miraba con ojos de espanto el negro orificio del cañón del revólver a escasos centímetros de su en trecho. Tragó saliva con dificultad al amartillarlo Lyman.

Empezó a sudar como un condenado.

—No dispare, Kline.

—¡Hola! —sonrió Lyman, irónico—. De modo que estaba cometiendo una equivocación y resulta que sabes mi nombre sin yo haberlo mencionado. Ahora es cuando no voy a tener misericordia de ti, Holman.

—No... puedo hablar, Kline —bisbiseó, desencajado el rostro, Gulik—. Ellos me matarán si lo hago.

—Y si no lo haces te mataré yo, Holman.

—No lo creo capaz de asesinarme a sangre fría, Kline.

—¿No? —se burló el joven—. Me parece que te han engañado respecto a mí, muchacho. Conduce hacia las afueras de la ciudad, Barbara.

La chica tenía las manos crispadas en el volante.

—Lyman...

—¿Sí?

—Podemos llevar a este hombre ante el capitán Vance. El se encargará de hacerle hablar.

—No, Barbara.

—No puedes hacerlo todo tú solo, Lyman. Con la ayuda de Vance y Cornelius...

—¡He dicho que no, Barbara! —replicó áspero Kline—. ¿Sabes lo que hacen estos fulanos en cuanto están encerrados en una celda? Llamen a su abogado y lo niegan todo. Finalmente hay que dejarlos

sueltos por carecer de pruebas.

—Yo puedo testificar que trató de matarnos con el camión.

—Ni hablar —sacudió la cabeza Kline—. Dirán que fue un simple accidente y nadie conseguirá sacarle la verdad a Gulik. Tendremos que ponerlo en la calle sin haber adelantado absolutamente nada. Para el coche aquí, Barbara.

La muchacha arrugó el ceño sorprendida.

—¿Que pare?

—Exacto. Quiero que subas a un taxi y regreses al hotel. Yo seguiré hacia las afueras con Holman. Quiero estar a solas con él y demostrarle que está cometiendo un tremendo error.

Holman Gulik conocía de oídas la fama de bruto que tenía Kline.

No deseaba exponerse a un duro castigo y aventuró:

—¿Qué sucederá si respondo a sus preguntas, Kline?

Lyman compuso una mueca despectiva.

—No te rajes ahora, Holman. Espera a que estemos solos en un descampado y entonces hablarás.

Las palabras del joven atemorizaron aún más al bandido.

—Quiero hablar, ahora —afirmó, inquieto—. La señorita es testigo de...

—Está bien, Holman, está bien —lo cortó Lyman, fingiendo gran fastidio—. Ya me había hecho la ilusión de darle un repaso, pero qué le vamos a hacer.

Barbara respiró aliviada, sin dejar de conducir.

Holman Gulik dijo con voz insegura:

—Empiece a preguntar, Kline.

Lyman dejó pasar unos segundos.

—¿Para quién trabajas, Holman?

—Mi jefe es Alan McCormick, Kline.

—Supongo que no te referirás al McCormick podrido de dinero, ¿eh, Holman?

—Ése es mi jefe, Kline.

—Vamos, Holman, eso no me lo creo ni harto de vino. ¿Qué tiene que hacer un fulano de la talla de Alan McCormick con un tipo como tú? Vas a tener que buscarte algo mejor o...

—¡Le estoy diciendo la verdad, Kline!

El joven lo miró detenidamente.

—¿Qué motivos puede tener Alan McCormick para acabar

conmigo?

—No lo sé —respondió Gulik, encogiendo los hombros—. Nunca discuto una orden, Kline.

—Creo que me estás tomando el pelo, Holman —dijo, meditativo, Lyman—. ¿No será Ulrich Higham tu jefe?

Gulik se sorprendió y observó Kline que su asombro no era fingido. Hubo un pequeño silencio y afirmó el fulano:

—Ulrich Higham es íntimo amigo de mi jefe.

—No me digas.

—Eso lo he podido deducir por mí mismo, Kline. McCormick jamás explica nada y los que trabajamos para él nos guardamos mucho de hacer preguntas indiscretas.

—Comprendo. ¿Dónde puedo encontrar a McCormick, en estos momentos?

—Está dando una fiesta en su mansión del lago. Y también se encuentra allí el doctor Higham.

—Eso es muy interesante, Holman. Ahora quiero que te portes bien dejándome atarte sin oponer resistencia.

El tipo se puso muy pálido.

—¿Qué... piensa hacer, Kline?

—Visitar a McCormick, naturalmente. Y tengo que estar seguro de que no vas a ponerte nervioso por el camino, porque no puedo conducir y vigilarte al mismo tiempo.

—¿Piensa... piensa ir a la casa del lago?

—Eso es, Holman. Tú y yo solos.

Barbara intervino entonces diciendo con firmeza:

—Yo voy con vosotros, Lyman.

—Ni lo sueñes, nena.

—No vas a convencerme de lo contrario —aseguró ella—. Pero prometo que obedeceré tus órdenes sin rechistar.

Lyman lo pensó brevemente.

—Está bien —decidió, comprendiendo que no podría hacerla desistir—. Ya puedes darle las señas a Barbara, Holman.

Lyman pidió a Barbara que detuviera el coche junto a una cabina telefónica y luego ordenó a Holman Gulik que se pusiera de espaldas para atarle las manos.

Vio la alarma reflejada en sus ojos y lo tranquilizó sonriendo.

—Tengo que hacer una llamada y quiero estar tranquilo,

Holman. Cuando regrese volveré a soltarte. Barbara quiso saber:

—¿A quién tienes que llamar, Lyman?

—Al jefe.

—Puedes utilizar la emisora del coche.

El joven negó, moviendo la cabeza:

—Se trata de una llamada demasiado confidencial, cariño. En seguida vuelvo.

Ya dentro de la cabina descolgó el auricular y discó un número. Cuando le respondieron al otro lado, inquirió:

—¿Julius?

—Todo está saliendo según el plan previsto. Toma nota que voy a pasarte un informe detallado de mis pasos en las últimas horas.

Patrick Holbrook abrió la entrada al jardín y miró, inquisitivo, a su compañero Holman Gulik.

—¿Asunto concluido, Holman?

—Sí.

La seca respuesta de Gulik desconcertó un tanto a Holbrook.

—Parece que has visto a un fantasma, chico —bromeó, risueño, observando la palidez que cubría el semblante del otro—. Me hubiera gustado estar a tu lado en el camión.

Luego compuso un gesto de fastidio y añadió:

—Pero yo tengo que estar aquí vigilando como un imbécil mientras esos fulanos se divierten a lo grande con las chavalas, ¡maldita sea mi perra suerte!

—Los perros como tú sólo sirven para vigilar.

Holbrook achicó los ojos y enrojeció de ira.

—Oye, Holman, no te voy a consentir...

De pronto reparó que no era Holman el que había hablado ya que la voz venía de su derecha y su compañero se encontraba enfrente. Se giró velozmente, pero ya era tarde para evitar lo que ocurrió. Al golpearlo Lyman en el centro de la frente con el revólver, tuvo la impresión que el muro se derrumbaba sobre su cabeza.

En el jardín se encontraban algunos tipos acompañados de muchachas. Pero debido al fresco airecillo reinante la mayoría de los invitados a la fiesta de McCormick se encontraban dentro del vasto salón de la mansión.

Percatándose de que los tipos que se encontraban en el jardín

estaban borrachos como cubas, preguntó Lyman:

—¿Hay más vigilantes rondando, Holman?

—Tiene que haber otro en la puerta trasera de la casa y algunos mezclados entre los invitados. Usted dijo que me dejaría marchar cuando no me necesitara más, Kline.

—Ya no necesito tus servicios, Holman.

—¿Me puedo largar?

—Espera. Tengo algo para ti.

Y uniendo la acción a la palabra golpeó Kline en el cuello del fulano, empleando el cañón del revólver. Cogido por sorpresa se desplomó Gulik emitiendo un ahogado gemido.

Algo más tarde quedaban fuertemente ligados y amordazados Holman y su compañero Holbrook. Lyman escondió sus cuerpos detrás de un parterre de flores para que no fueran descubiertos antes de tiempo.

A continuación hizo una señal hacia el exterior y Barbara vino sigilosamente a reunirse con él.

Lyman le dedicó una sonrisa.

—¿Estás dispuesta a pasar por mi compañera inseparable en la fiesta de McCormick, cariño? Ten en cuenta que muchas de las muchachas que se encuentran ahí son furcias del grupo de Higham.

—¿Y qué?

—Lo digo por si tienes remilgos. Algún tipo de éstos te puede tomar por una de ellas.

—Pero tú estarás a mi lado para protegerme, ¿no? Dijiste que Otelo se quedaba en pañales a tu lado.

Lyman volvió a sonreír.

—Esperemos que no sea necesario emplear la violencia. Me interesa sacar a Ulrich Higham de esa fiesta, sin tener que armar demasiado alboroto.

—¿Bastará la descripción de Gulik para identificarlo?

—Seguro que sí.

Mientras hablaban introdujo Lyman la pistola arrebatada a Holbrook en el bolso de la muchacha.

—¿Sabes disparar una pistola?

Barbara dio una cabezada afirmativa.

—Lo he visto hacer en muchas películas. Se coge por la culata apuntando al frente con el agujero.

Lyman hizo una mueca.

—¿Sólo eso?

—Bueno..., también hay que tirar del gatillo, ¿no?

El joven dejó escapar un suspiro.

—Olvídate de que llevas esa pistola en tu bolso y estaré mucho más tranquilo, nena. Vamos.

CAPÍTULO X

—¿Dónde infiernos se habrá metido Lyman? —rugió, paseando por su despacho, el capitán Merlo Vance—. Hace más de una hora que abandonó el edificio del archivo central.

Cornelius Mahan encogió los hombros.

—Con ese tipo se puede esperar todo, capitán.

Vance se detuvo en su paseo y puso los ojos en el agente de Chicago.

—Le tiene poca simpatía a Lyman, ¿eh, Mahan?

—Ninguna.

—Pues a pesar de eso es un buen investigador. —Vance hizo una pausa y agregó, meditativo—: Demasiado buen investigador.

—Pero es un anárquico, capitán. Hace las cosas a su manera sin tener en cuenta el reglamento.

Vance dio una cabezada afirmativa y siguió paseando a grandes zancadas por el despacho.

Hubo un silencio y sugirió Mahan:

—Puedo tratar de localizarlo, capitán. No debió permitir que lo acompañara Barbara.

Vance lo miró socarrón.

—Es eso lo que le preocupa, ¿eh, Mahan?

Cornelius crispó las facciones del rostro.

—Se equivoca, capitán —replicó, un tanto airadamente—. Lo único que deseo es encontrar a Lyman Kline.

—¿Sabe dónde puede hallarlo?

—Creo que sí. Seguro que después de haber salido del archivo central ha llevado a Barbara a su hotel.

Vance entornó los párpados.

—Es usted un zorro, Mahan. Está temiendo que se encuentren allí retozando y desea estropearles la fiesta, ¿eh?

—Yo no temo nada, capitán —replicó, fulgurante la mirada,

Mahan—. Y le agradeceré que guarde sus comentarios de pésimo gusto. Es usted mi superior, pero no tengo la obligación de escuchar palabras ofensivas sobre la señorita Dugan.

—Está bien, está bien —gruñó Vance, dando un manotazo en el aire—. Vaya a indagar si se encuentran en el hotel y diga a Lyman que lo quiero delante de mí antes de veinte minutos.

Cornelius Mahan salió del despacho con la cabeza erguida y las mandíbulas apretadas.

Se dirigió a la salida del edificio, pero al doblar el primer recodo del pasillo se encontró con un tipo que lo estaba esperando y enderezándose, preguntó:

—¿Mahan?

—Sí.

—Venga conmigo.

Cornelius no se movió del sitio y se limitó a mirarlo recto a los ojos.

—¿Adónde?

—Sólo al piso superior, Mahan —sonrió, desganado, el otro—. El inspector-jefe Buchard quiere verlo.

—¿Quieres dejar ya de preocuparte, Ulrich?

—No sé cómo puedes ser tan confiado, Alan.

—Tengo motivos para ser confiado, Ulrich —chasqueó la lengua el potentado Alan McCormick—. Mis hombres no acostumbran a fallar y no lo hará Holman Gulik en esta ocasión. A estas horas el cuerpo de Lyman Kline estará entre las chapas retorcidas de su coche.

—Estaré más tranquilo cuando vea regresar a Gulik.

—Ya te he dicho que mis chicos no fallan nunca, Ulrich —se impacientó McCormick—. Tú sigue ocupándote de las mujeres y déjanos el resto a nosotros. ¿Has tenido problemas hasta este momento? Sólo el de Marilyn Lodge y se solucionó.

—El asunto de Marilyn no lo arreglaron tus hombres, Alan.

McCormick compuso una mueca.

—¿Y qué más da que lo hiciéramos nosotros o nuestro amigo el policía, Ulrich? A fin de cuentas le pagamos lo suficiente como para que se ensucie las manos de vez en cuando. Y, además de eso, se acuesta gratis con las mejores hembras de la ciudad.

—En mi opinión se lo gana.

—Nadie lo discute. Y ése es otro motivo más para que estemos tranquilos. Si la ley averigua algo respecto a nosotros, recibiremos el chivatazo con suficiente antelación.

Ulrich Higham emitió un leve suspiro.

—Esperemos que sea cierto.

—Vamos, Ulrich —le palmeó el hombro, riendo, Alan McCormick—. Pasamos toda la noche metidos en la biblioteca es estúpido. No debemos dejar solos a nuestros invitados.

El doctor Higham paseó la mirada a su alrededor contemplando las regias estanterías repletas de buenos libros. Y seguro que el imbécil presuntuoso de Alan McCormick ni siquiera se había molestado en hojear uno de ellos.

—Me encuentro a gusto en este lugar, Alan —dijo, moviendo la cabeza—. Siempre he envidiado el tener una buena biblioteca.

—Llegará el día en que la tengas, Ulrich —sonrió, cada vez más impaciente, McCormick—. A mí lo que en realidad me preocupa en estos momentos es la morenita Glenda Cooper. La dejé sola cuando me llamaste y me temo que haya buscado otra compañía.

Higham entornó los ojos.

—Te gusta la chica, ¿verdad?

—No te puedes imaginar hasta qué punto.

—Pues haces mal alternando con nuestras muchachas. Alan —recriminó, suavemente, el doctor—. Tu desmedida afición a las mujeres puede traerte algún disgusto.

McCormick torció el gesto.

—No seas majadero, Ulrich. Sabes que pronto me canso de una mujer y luego te deo explotarla a fondo.

—Y alguna vez ocurrirá que una de ellas no se resignará al brusco cambio de vida. Estoy seguro de que con Marilyn Lodge sucedió algo semejante a eso. Sólo que ella escogió el sencillo camino de la depravación en lugar de mostrar su descontento.

El potentado estaba cada vez más impaciente.

—Has escogido mal momento para sermonear, Ulrich —masculó abruptamente—. Regresemos ya al salón.

No esperó a que Higham pudiera seguir hablando y abrió la puerta saliendo de la biblioteca. Se encaminó a la vasta sala donde se divertían sus influyentes amigos.

Tan pronto llegó a ella comenzó la búsqueda de Glenda Cooper.

El doctor Higham lo siguió, con aire preocupado. Entró en el salón y paseó la mirada por los asistentes a la lucrativa fiesta pensando en la podredumbre del mundo. Ellos no hacían más que aprovecharse de la morbosa sexualidad de aquellos hombres acomodados.

No le remordía la conciencia.

Una rubia de senos extraordinariamente desarrollados se le aproximó y le dedicó una sonrisa.

—¿Le apetece bailar, doctor?

Higham movió la cabeza negando.

—Sabes que nunca lo hago. ¿Dónde has dejado a tu acompañante, Linda?

—Está en el jardín con una borrachera impresionante, doctor.

—No has debido dejarlo solo.

—¿Y qué le importa a ese tipo estar solo? Le aseguro que duerme como un bendito.

—A pesar de eso —recreminó Higham—. Sabes que no me gusta que dejes solo a un cliente.

La rubia compuso un rictus apenado.

—Sólo deseaba alegrarle la velada, doctor.

Higham sacudió la cabeza.

—No te preocupes de mí y trata de encontrar a otro cliente que te necesite, Linda. Alguna de tus compañeras puede haber fallado por beber más de la cuenta.

La rubia levantó los desnudos hombros y dijo, con acento descarado, a Higham:

—Usted se lo pierde, doctor.

Higham quedó sólo de nuevo.

De pronto se sobresaltó al notar un duro contacto en el costado derecho, al mismo tiempo que una voz silabeaba quedamente junto al oído del mismo lado:

—Me puedo chamuscar el bolsillo de la americana, pero a usted le parto el alma si parpadea, doctor Higham.

Lechoso súbitamente el semblante, bisbiseó el doctor:

—¿Quién es usted?

—Diga un nombre al azar.

—¿Kline?

—Acertó a la primera, doctor. Ahora camine, sin prisa, hacia la

salida y procure no llamar la atención de nadie. Le va la vida en ello porque no me apartaré ni un ápice de su lado.

—No conseguirá lo que pretende, Kline.

—Deje eso de mi cuenta. Y piense que si hay fuegos artificiales usted será el primero en lamentarlo.

Ulrich Higham titubeó unos segundos, pero en seguida empezó a caminar por entre los invitados en dirección a la salida del salón. Lyman y Barbara iban a su lado como si charlaran confidencialmente entre sí de algo divertido.

Entre tantas personas no era difícil pasar desapercibido.

Alcanzaron la salida sin contratiempos y cruzaron la puerta que daba al jardín. Entonces inquirió en voz baja Higham:

—¿Qué desea de mí, Kline?

—Sólo que venga conmigo, doctor.

—Falló Gulik, ¿eh?

Lyman rió bajito.

—Conque sabe eso. Pues estar al corriente de lo que intentó hacer el canalla de Holman Gulik lo pone en evidencia, doctor.

Higham encogió los hombros desalentado.

—Sabía que un día u otro ocurriría algo parecido a esto. De todas maneras negaré cuantas acusaciones formulen.

—La señorita Dugan acaba de escuchar sus palabras, doctor. Ella será nuestro testigo.

—¿De qué, Kline? Me encuentro bajo la amenaza de una pistola y a pesar de eso no he dicho nada que me comprometa. La señorita Dugan poco puede testificar en contra mía.

Lyman apretó los maxilares.

—Siga caminando hacia la salida del edificio, doctor.

Higham se disponía a obedecer cuando en la terraza apareció un fulano cerrándoles el paso.

—¿Tiene problemas con este tipo, doctor? —preguntó clavando los ojos en Kline—. Linda me ha dicho que lo amenaza con una pistola.

CAPÍTULO XI

Lyman actuó con rapidez y sacando la mano del bolsillo de la americana encañonó al individuo que les interceptaba el paso.

—Hágase a un lado, amigo.

El hombre emitió una risita sardónica.

—¿De veras cree que podrá escapar de aquí?

—Lo voy a comprobar en seguida. Tiene tres segundos para apartarse y dejarnos libre el camino.

El otro encogió los hombros tranquilamente.

—Usted gana.

Lyman empujó a Higham en dirección a la cancela de salida y en aquel momento chilló Barbara:

—¡Allí, Lyman!

En un ángulo de la terraza se encontraba un tipo que ya levantaba su pistola, dispuesto a disparar sobre ellos. El que se les había puesto delante sólo pretendía distraer a Kline.

El joven miró en la dirección que señalaba Barbara y no dudó en abrir fuego ni una décima de segundo.

Consiguió adelantarse al otro y le incrustó un balazo en el rostro.

Entretanto, su compañero había llevado la diestra a la axila y empuñando la culata de su automática gritó al doctor:

—¡Al suelo, Higham!

Logró sacar el arma, pero no pudo llegar a utilizarla.

Casi a quemarropa le metió Lyman un plomazo en el vientre que lo hizo aullar rodando por el suelo.

Aún no se había extinguido el eco del disparo cuando ya estaba ordenando Lyman a la chica:

—¡Corre al coche y ponlo en marcha, Barbara!

Ella obedeció de inmediato y, echando a correr, atravesé, el jardín a la mayor velocidad que le fue posible. Logró alcanzar la

salida y se metió en el coche poniendo el contacto.

El motor se puso en marcha.

Lyman pasó el brazo izquierdo por el cuello del doctor y utilizándolo como escudo empezó a retroceder, sin demasiada prisa, hacia la cancela. A pesar del griterío que se escuchaba dentro de la casa y de que algunos hombres habían aparecido en la terraza empuñando sus armas, Kline no se alteró en absoluto.

Los hombres de la terraza enfocaron sus armas hacia Lyman y el doctor, pero ninguno de ellos se atrevió a disparar por temor de herir a Higham que tapaba por completo al joven.

Alan McCormick apareció en la puerta y le bastó una ojeada para darse cuenta de lo que estaba pasando en el jardín. Pálido de rabia apretó los maxilares y ordenó:

—¡Que no escape!

Uno de sus hombres respondió, titubeante:

—Podemos darle al doctor, jefe.

McCormick pensó en las consecuencias que tendría para él y sus amigos la presencia de la policía en la casa. Y aunque ésta se hallaba lejos del núcleo urbano, los disparos tenían que haber sido escuchados por alguien.

Se tenía que imponer orden antes de que pudieran llegar un coche patrulla. Siempre cabía la excusa de explicar que habían sido explosiones de uno de los coches, para alejar a los agentes de la ley.

Bajando la voz dijo, hablando con rapidez al tipo que se encontraba a su lado:

—Apagad las luces y traedme a ese sujeto. Podéis rodear el jardín si os dais prisa.

El hombre lo miró sorprendido.

—Puede salir herido el doctor Higham, jefe.

—Tratad de evitarlo..., en la medida que sea posible. No me importa lo que ocurre, con tal de atrapar a ese sujeto.

—Comprendo.

—Vamos, no perdáis tiempo.

Lyman se hallaba a mitad de camino de la cancela cuando vio que eran apagadas las luces de la casa. En la penumbra pudo observar que varias sombras se desplazaban lateralmente partiendo de ambos lados de la terraza.

Comprendiendo la maniobra, preguntó a Higham:

—¿Tiene algún muerto sobre la conciencia, doctor?

—Desde luego que no.

—Entonces sólo le pueden caer varios años de cárcel. Y eso es mucho mejor que morir acribillado a balseos.

—¿Qué trata de decirme, Kline?

—Que sus amigos tratan de rodearnos y no dudarán en disparar, matándole a usted, también, si es preciso.

—No puedo creerlo.

—¡Allá usted, Higham! McCormick ha pensado en el compromiso en que se vería envuelto si se presenta la policía a causa de los disparos. Tiene que resolver la cuestión por la vía rápida y no le importará quien caiga, con tal de salvarse.

Ulrich Higham empezó a meditar en que no le faltaba razón al joven. Conocía sobradamente a Alan McCormick y le constaba que antepondría su seguridad personal a todo lo demás.

—¿Qué hacemos, Kline?

—Si quiere usted seguir con vida sólo tiene que colaborar conmigo y ayudarme a salir de aquí lo más pronto posible, doctor. Si tengo que seguir arrastrándolo estamos perdidos.

Higham no tardó en decidirse.

—Lo ayudaré, Kline.

—Muy bien, doctor.

Puestos de acuerdo, ambos hombres caminaron con mayor desenvoltura hacia la salida, Lyman lo soltó y en seguida se encontraron junto a la salida del jardín.

McCormick pareció darse cuenta de la maniobra y gritó, furioso, a sus hombres:

—¡Disparad sobre ellos!

Lyman observó que Barbara se encontraba sentada tras el volante y mantenía el motor en marcha dispuesta a salir pitando en cuanto ellos estuvieran dentro del vehículo. Empujó rápidamente al doctor Higham al tiempo que ordenaba:

—¡Métase en el coche, doctor!

Higham se apresuró a obedecer sin hacerse repetir la orden.

En eso comenzaron a sonar disparos.

Lyman escuchó el silbido de varias balas al pasar próximas a él y sin perder un segundo se puso a disparar, a su vez, contra los fulanos que lo habían tomado por blanco. Vació el tambor con el

único propósito de contenerlos y luego se giró corriendo a toda velocidad hacia el coche.

Entrando como una exhalación en él, gritó a Barbara:

—¡Pisa gas a fondo!

La orden no era necesaria, puesto que aún no había cerrado Lyman la portezuela del todo cuando el coche saltó hacia adelante rugiendo poderosamente.

Pronto quedó atrás la mansión de Alan McCormick.

Pero transcurrieron varios minutos hasta que Lyman pudo comprobar que no eran seguidos. Fue entonces cuando quiso saber el doctor:

—¿Adónde me lleva, Kline?

—A un lugar donde estará seguro, doctor. Vamos a darle toda la protección que necesite, pero, a cambié, tiene que colaborar con nosotros y hacer una confesión completa.

Higham movió la cabeza pensativo.

—No estoy muy seguro de que me convenga hacer esa confesión, Kline. Antes me gustaría hablar con mi abogado.

Lyman negó rotundamente:

—Ni hablar de eso, doctor.

—Pero... usted no puede negarme ese derecho. Todo ciudadano de los Estados Unidos...

El joven lo cortó, haciendo un brusco ademán:

—Olvídese de esa monserga, doctor. Yo soy un sabueso provisional y me atengo a mis propias leyes. No pienso leerle sus derechos como haría un policía efectivo.

Higham se removió inquieto en el asiento.

—¿Qué es lo que pretende exactamente, Kline?

El joven tardó unos segundos en responder.

—Usted es un redomado granuja que se aprovecha de unas desgraciadas, doctor —empezó a decir, hablando despacio—. Con eso quiero dejar sentado que no venga haciéndose la víctima porque el papel no le cuadra en absoluto. Ahora, una vez aclarado eso, tengo que decirle que su posible confesión es puro trámite.

Higham estaba sorprendido.

—¿A qué se refiere, Kline?

—A que nos importa un bledo que hable o no, doctor. Tenemos en nuestro poder al tercer componente del trío: al policía que

colabora con usted y McCormick. En estos momentos le están apretando las clavijas y a lo mejor le da por contarle todo. ¿Se imagina lo que puede perjudicarle a usted su confesión? Los jueces tratan con más benevolencia a los que se declaran culpables voluntariamente. Quiero decir con ello que quien primero hable de los dos, saldrá beneficiado. Después no nos hará ninguna falta la declaración del otro. ¿Está claro?

Higham lo estuvo pensando unos instantes.

—Puede ser un farol, Kline.

—Es posible —reconoció el joven—. Pero como sucede en el póquer, tiene que arriesgarse para comprobar si miento o no.

—Dígame el nombre del policía, Kline.

El joven denegó, risueño.

—Entonces no se arriesgaría, doctor. Sería jugar con ventaja y no está bien. De todas formas no hace falta que hable ahora. Puede ir pensándolo, y decidir cuando lleguemos a nuestro destino.

—¿Adónde me llevan, Kline?

—A un sitio donde estaremos la mar de tranquilos, doctor.

El coche se adentró de nuevo en las calles de la ciudad y Barbara siguió conduciendo sin girarse ni una sola vez. Lyman le había dicho con anterioridad el lugar adonde debían ir y ella se dirigía a él, sin titubeos.

Después de rodar durante unos quince minutos detuvo el coche frente a una vieja casa situada en la parte sur de la ciudad, junto a un embarcadero del Detroit River.

Lyman descendió del coche e hizo una señal a Higham.

—Venga conmigo, doctor.

Higham no opuso resistencia y bajó, caminando junto al joven en dirección a la entrada de la casa. Barbara también los acompañó, después de apagar el contacto.

Lyman no llegó a pulsar el timbre de la gran puerta de madera.

Antes de que llegara a hacerlo se abrió la hoja y en el hueco apareció Cornelius Mahan. Los miró brevemente y, en silencio, se hizo a un lado dejándoles paso.

Se encontraron en una amplia sala desprovista de muebles. Sólo había una mesa y varias sillas bajo una bombilla que colgaba del techo. Era un lugar bastante deprimente. Tan pronto hubo cerrado la puerta Cornelius, se giró Higham a Lyman.

—¿Para qué me han traído aquí, Kline? Yo pensé que íbamos a una comisaría...

—Hubiese resultado demasiado sencillo para usted, doctor —rió Lyman, quedamente—. Ahora tiene la oportunidad de confesar o guardar silencio. Lo dejamos a su elección. De todas formas quiero informarlo que permanecerá aquí hasta que hable su amigo el policía. Y entonces estará perdido puesto que formularemos los cargos consiguientes y los entregaremos al fiscal.

Cornelius y Barbara habían cambiado una breve mirada, pero ninguno de los dos despegó los labios. Mahan se mostraba ceñudo, como si algo grave lo contrariara.

Higham sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No puedo, confiar en ustedes, Kline.

—Ese problema es suyo.

—Si por lo menos me dijese el nombre del policía...

—Ni hablar.

—Entonces no haré ninguna confesión, Kline. Usted me está tendiendo una trampa y no voy a ser tan ingenuo como para caer en ella. Estaré aquí todo el tiempo que ustedes quieran, pero no hablaré.

Lyman chasqueó la lengua.

—Pues es una pena para usted, doctor. Aunque ya no hace falta que siga hablando. ¿Estoy en lo cierto, Corne?

Mahan dio una cabezada afirmativa.

—Sí, Lyman.

—Ya veo que estás molesto, muchacho —dijo Kline, dirigiéndose al hombre de Chicago—. Supongo que has recibido instrucciones concretas del jefe, ¿no?

Mahan volvió a mover la cabeza, ceñudo, y agregó coa sardónica entonación Lyman:

—No debes sentirte menospreciado, chico. Nadie duda que puedes ser un policía inteligente. Lo que ocurre es que para esta misión necesitábamos a un buen ventrílocuo y recordé que tú eres de los mejores que he conocido en mi vida. Por eso te recomendé para el caso.

Mahan le dirigió una hosca mirada.

—Has debido divertirme mucho a mi costa, ¿no, Lyman?

—Te equivocas Corne, comprendo que a un agente le moleste

ser elegido para una acción sólo por ser un buen ventrílocuo, pero eso era necesario en la resolución del caso. Ahora todo depende de tu habilidad.

Cornelius lo miro fijamente, unos segundos.

—Es posible que sea así, Lyman —dijo, con cierto desaliento—. Pero acabaré dándote la gran paliza cuando esto haya concluido. No te agradezco, en absoluto, la recomendación.

Lyman asintió, meneando la cabeza.

—Puedo comprender lo que sientes, Corne.

—¿D veras?

—Aunque te cueste trabajo creerlo no te odio tanto como quise darte a entender. Y eso no significa ni mucho menos que me caigas simpático. Solo... que no se puede uno pasar la vida odiando al prójimo.

Mahan esbozó una sarcástica risita.

—¿Tratas de ablandarme, Lyman?

Kline atirantó los músculos del rostro y preguntó secamente:

—¿Podrás imitar la voz de Higham?

—Supongo que sí, aunque nadie es infalible.

—Si no estás seguro puedo hacerlo hablar tanto como quieras. Pero no puedes fallar o todo se irá a paseo.

—Procuraré quedar bien, Lyman —siguió, sarcástico, Mahan—. Para eso estoy en el caso, ¿no?

Kline se limitó a señalarle el teléfono que colgaba de la pared.

—Ya conoces el número al que debes llamar.

CAPÍTULO XII

El capitán Merlo Vance se encontraba revisando unos papeles que tenía encima de la mesa. Estaba tan enfrascado en la lectura de ellos, que aunque escuchó que alguien entraba en el despacho no levantó la cabeza. Supuso que era el sargento Wang con los documentos que le había ordenado traer.

Por eso respingó, sobresaltado, al escuchar la voz que saludaba:

—¿Cómo estás, Merlo?

Levantó vivamente la cabeza y se quedó mirando perplejo al hombre que tenía delante.

—¡Muir...!

—Parece que te sorprendes mucho de verme, Merlo.

—¿Cómo no voy a sorprenderme, infiernos? —masculló Vance, poniéndose en pie—. Te suponía...

—Encerrado en una celda, ¿eh?

—Pues para serte sincero...

El teniente Muir Hopkins compuso una agria mueca.

—He salido en libertad condicional, gracias a los buenos oficios del inspector-jefe Buchard.

Vance rió alegremente y aproximándose a su amigo le palmeó el hombro, al tiempo que decía:

—Me alegro mucho de verte aquí, Muir. Espero que hayas recapacitado y cuentes toda la verdad. Seguro que podemos encontrar atenuantes para que la condena sea mínima.

Hopkins mantuvo inexpresivo el rostro.

—No necesito encontrar atenuantes, Merlo.

—Ya lo sé, Muir. Nosotros, tus compañeros, sabemos que debiste tener poderosos motivos para...

En eso se puso a sonar el teléfono, interrumpiéndole. Vance lo descolgó de un manotazo y llevandoselo a la oreja, masculló:

—Vance.

—...

—¿Quién dices que me llama? —inquirió, sorprendido. Dirigió una mirada a Hopkins y permaneció unos segundos silencioso antes de autorizar—: Puedes ponerme.

Transcurrieron unos instantes y, tan pronto empezaron a hablar al otro lado del hilo, interrumpió abruptamente:

—Quedamos en que nunca debías llamarme a mi despacho.

—...

—¿Grave? —inquirió, extrañado—. ¡No lo será tanto, infiernos! Ya me comunicaré contigo.

—...

El teniente Muir Hopkins observó que el semblante de Merlo Vanee estaba poniéndose cerúleo mientras escuchaba hablar a la persona que se hallaba al otro extremo del hilo. Su interlocutor estuvo hablando casi tres minutos, sin detenerse.

Y Vance se ponía cada vez más pálido.

Después de unos segundos se pasó la zurda por el mentón en mecánico ademán de preocupación.

—Eso no puede ser cierto.

—...

—¿Cómo dices que se llama ese sujeto?

—...

—¡Maldito sea...! Está bien —inspiró con fuerza—. Te llamaré en cuanto me sea posible.

Sin agregar nada más, colgó bruscamente el auricular.

Muir Hopkins le miraba, intrigado.

—¿Problemas, Merlo?

—Nada que no pueda arreglarse —gruñó el capitán, dando un manotazo en el aire—. ¿De qué estábamos hablando?

Hopkins tardó un poco en Responder y, al hacerlo, lo hizo pausadamente, sin dejar de escrutarle el semblante:

—Te estaba diciendo que no necesito encontrar atenuantes, Merlo. ¿Y sabes por qué?

—No estoy para jugar a las adivinanzas, Muir —barbotó, airado, Vance—. Dímelo tú.

—Porque yo no asesinó a Marilyn Lodge y a ti te consta, Merlo.

El capitán boqueó, perplejo.

—¿De qué estás hablando?

Hopkins acusó, impasible:

—Tú mataste a la chica, Merlo.

Vance apretó los maxilares, súbitamente rabioso.

—Mi humor no es el más apropiado para escuchar bromas de mal gusto, Muir —masculló torvo—. Tú mismo confesaste...

—Todo fue una comedia montada para desconcertarte —siguió, sereno, el teniente—. Tu conversación de hace unos instantes ha quedado registrada y en ella se demuestra palpablemente que estás al corriente de los manejos de un tal doctor Ulrich Higham. Será una prueba irrefutable cuando se presente la acusación.

El capitán Vance se puso a sudar.

—Escucha, Muir...

—Quítate ya la máscara, Merlo. De nada va a servirte seguir fingiendo, puesto que Ulrich Higham está confesándolo todo, en éstos momentos. Un grupo de agentes ha salido hacia la casa de Alan McCormick y resultará relativamente sencilla su detención. Sólo quedas tú y he querido detenerte personalmente.

Vance rió, áspero.

—Para evitarme el bochorno, ¿eh, Muir?

—Exacto. A pesar de todo, hemos sido buenos amigos.

Merlo Vance fue hasta su sillón y se dejó caer en él, abatido. Estuvo largos segundos en aquella postura de frustración y luego levantó la mirada a Hopkins.

—¿Cómo pudiste sospechar de mí?

—Fue pura casualidad, Merlo —explicó el teniente—. Sabíamos que alguien colaboraba con Higham y McCormick desde dentro de la propia policía. Nos enteramos por la declaración de una chica que fue detenida en estado de embriaguez y habló por los codos. El inspector-jefe y yo hemos llevado a cabo un trabajo exhaustivo revisando, en secreto, cuentas corrientes, estudiando expedientes en los que habían intervenido los oficiales de policía de toda la ciudad, controlando movimientos... Finalmente, fuiste elegido como sospechoso número uno. Sólo que faltaba probarlo y para eso se encargó el propio Buchard de solicitar la ayuda de Lyman Kline. Ya sabes la buena amistad que les une. Y Kline era el hombre ideal, puesto que había dejado de pertenecer al cuerpo.

Hubo un corto silencio y lo rompió Vance comentando:

—Pero... yo tuve el informe de balística en mis manos. En él se

aseguraba que las balas habían sido disparadas por tu revólver.

Hopkins forzó una leve sonrisa.

—Y eso te llenó de asombro, ¿eh, Merlo? Sobre todo, sabiendo que yo no podía haber matado a la chica. El hecho llegó a desconcertarte hasta el punto de que ni siquiera se te ocurrió pensar que pudiera estar falsificado. Seguro que eso te ha mantenido profundamente preocupado y sin poder concentrarte en otras cosas. Justamente lo que nosotros pretendíamos.

Vance tenía lívido el rostro.

—Conque todo ha sido una cochina trampa.

—Eso es, Merlo. Y la participación del exsargento Hewit no debió extrañarte, puesto que tú mismo le disuadiste para que abandonara la policía y se ocupara de otras gestiones más lucrativas. Stow Hewit demostró ser un tipo inteligente durante el tiempo que estuvo conmigo y tú pensaste que era un buen elemento para servirte, ¿me equivoco?

—¿Importa eso ya?

—Nada. Sobre todo, después de haber averiguado Kline que el expediente del exsargento Hewit fue retirado del archivo central por ti.

Vance frunció el ceño.

—¿Cómo ha podido Kline averiguar eso?

—Tiene buena amistad con el oficial encargado del archivo y éste te vio sustraer el expediente en una de tus visitas. No denunció el hecho porque no quiso buscarse complicaciones.

De nuevo se estableció un silencio entre los dos hombres.

El teniente Hopkins preguntó, de pronto:

—¿Vas a entregarme el arma pacíficamente o piensas resistirte a la detención, Merlo?

Vance le miró fijamente unos instantes.

Luego curvó los labios en risita sardónica.

CAPÍTULO XIII

Barbara Dugan envolvió a Cornelius Mahan en una cálida mirada de amistad.

—Espero que lo comprendas, Corn.

El joven meneó la cabeza en sentido negativo.

—Nunca podré comprenderlo, Barbara. Todavía me estoy preguntando lo que has podido ver en ese salvaje de Lyman.

Ella dejó escapar una suave risita.

—Quizá sea su propio salvajismo, Corn. Nunca se pueden explicar las causas que motivan un amor. El caso es que deseo quedarme para siempre a su lado. No quiero que pienses...

Mahan se percató de que Barbara no encontraba las palabras precisas para seguir hablando y compuso una mueca.

—No te molestes en dar explicaciones que no cambiarán los hechos. Me siento defraudado, pero... eso pasará —hizo un breve inciso y tendió la diestra a la chica—. Deseo de corazón que seas todo lo feliz que yo hubiera deseado hacerte.

Bárbara le sonrió, agradecida.

—Gracias, Corn.

Mahan le soltó bruscamente la mano y a grandes saneadas se dirigió a la salida de la habitación donde se hallaban. Cerró la puerta sin volverse y en el pasillo se encontró de frente con Lyman.

El detective se plantó delante de él.

—Con la detención de Vance y McCormick ha quedado concluido el asunto, Corne.

—Lo sé.

—Estoy a tu disposición. Sigo conociendo un descampado en el que nadie estorbará a dos hombres que se estén dando una sana paliza. Podemos ir en unos...

Cornelius Mahan levantó una mano, cortándole:

—¿Deseas de veras que nos zurremos, Lyman?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que tú puedas pensar, chico. Se me pasaron las ganas de pegarte la zurra, pero si piensas que tengo manchados los calzoncillos estoy dispuesto a...

—Eres un bestia, Lyman.

Kline inclinó la cabeza, ceñudo.

—Los insultos cuando estemos en el descampado, Corne. Si la liamos aquí puede salir Barbara y estropearlo.

Mahan le miró fijamente unos segundos y luego sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—No iremos a ninguna parte, Lyman. Si te doy la gran paliza puede recelar Barbara que lo hago por despecho. Y deseo conservar siempre la amistad de esa mujer.

Mahan alargó el brazo y clavó el índice extendido en el hombro de Lyman.

—Pero si algún día me entero de que la haces sufrir vendré a Detroit y no será a darte una paliza, Lyman. Si me obligas a venir te meteré el cargador de mi pistola en esa cabeza de mulo salvaje que tienes. ¿Ha quedado claro?

Lyman se disponía a contestar, pero Mahan no esperó a que lo hiciera. Giró sobre los talones y se alejó por el pasillo caminando a grandes pasos. Sin volver ni una sola vez la cabeza.

Cuando se perdió por la esquina se pasó Lyman la mano por los cabellos y sonrió abiertamente. Pensó que, en el fondo, no era mal tipo aquel Cornelius Mahan.

En la habitación le estaba aguardando Barbara y le preguntó tan pronto le vio aparecer ante ella:

—¿Cómo se lo ha tomado Cornelius?

Lyman encogió los hombros.

—Te lo puedes imaginar, nena.

—Habéis estado hablando, ¿no?

—Sí.

—Supongo que no habréis quedado citados para la pelea.

—¿Pelea...? Cornelius se niega a pelear conmigo, porque dice que desea seguir conservando tu amistad.

—Eso es de agradecer.

—Ya lo creo.

Ella frunció el ceño y le miró al fondo de los ojos.

—¿Acaso no lo has creído, Lyman?

El joven encogió los hombros displicentemente.

—¿Qué quieres que te diga? Puede que sea verdad lo que ha dicho, pero me inclino a creer que tiene miedo de pelear conmigo. Sabe cómo las gasto y...

—*Cornelius es cinturón negro, tercer Dan de karate.*

Lyman respingó sorprendido.

—¿De veras?

—No deja de practicarlo cada vez que se presenta la ocasión.

Lyman soltó un resoplido.

—Entonces me alegro de no haberle servido para demostrar sus actitudes. Lo creo a pies juntillas. La verdad es que una luna de miel con varias costillas rotas es una mierda.

Ella sonrió, mirándole.

—Lyman.

—Dime.

—¿Qué has decidido, respecto a la proposición de Buchard?

—¿Sobre mi reingreso en la policía?

—Sí.

—Le he dado con la puerta en las narices a pesar de la amistad que tenemos, nena. Me va muy bien como detective privado, porque puedo hacer en todo momento lo que me da la gana.

Barbara inclinó la cabeza.

—Yo no seré feliz sabiéndote siempre en peligro, Lyman. Tendrías que dejar tranquilos a los delincuentes y que otros se encarguen de detenerles. Sufriré cada vez que...

Lyman pensó en las palabras del cinturón negro, tercer Dan de karate y dijo, vehemente:

—¡Tienes que ser feliz, Barbara! No voy a consentir que sufras, aunque me tenga que dedicar a plantar coles.

La muchacha levantó la cabeza y le miró, sorprendida.

—¿Estarías dispuesto a dejarlo todo por hacerme dichosa, Lyman?

El se rascó la nuca, vacilante.

—Bueno..., creo que sí, cariño.

—Bésame, Lyman.

El joven la abarcó por la cintura y tirando de ella la estrujó

contra su pecho, besándola a fondo. Barbara respondió cálidamente a la caricia y cuando, finalmente, la soltó Lyman, levantó la mirada preguntando:

—¿De qué hablasteis Cornelius y tú, Lyman?

—Me..., me dio algunos consejos, nena.

Barbara arqueó las cejas, extrañada.

—¿Consejos...?

—Eso es —cabeceó Lyman—. Consejos sobre la manera de conseguir tu felicidad. Y..., ¿quieres que te diga una cosa?

—¿Qué?

—Voy a seguir esos consejos por si las moscas.

Y antes de que la muchacha pudiera seguir preguntando volvió a besarla apasionadamente.

FIN

¡LORENA

ES UN ÁNGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE LA VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON ÉL! AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OPROBIO Y LA DESHONRA MÁS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA SEMANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMAS, Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CUALQUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y CES, A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

